

2-2522

TOMO I

Bogotá (Colombia), Octubre 15: 1890

ENTREGA 6.^a

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

Biografía, Historia, Viajes, Geografía, Estadística, Crítica,
Cuadros de costumbres, Poesías, Variedades, etc.

DIRECTOR: ISIDORO LAVERDE AMAYA

Administrador: IGNACIO POSSE AMAYA

CONTENIDO:

I.—Historia de ayer por M. Lucien Biart. Traducción de la señora L. C. de M.	317
II—Las poesías del Dr. Núñez, por Isidoro Laverde Amaya.....	332
III—En Antioquia, por Eduardo Zuleta	348
IV—Carta de Ultramar, por J. M. Gutiérrez de Alba.....	351
V—La Fábula en la Historia, por P. Pereira Gamba [conclusión]... ..	359
VI—Noticias literarias de los Estados Unidos, por Henry R. Lemly..	364
VII—Historia de la Nueva Granada (continuación de la Historia de Colombia), por José Manuel Restrepo [continuación].....	367
VIII—Boletín bibliográfico.....	380
XI—Correcciones.....	380

CONDICIONES:

La suscripción anual vale.....\$ 4 ..
 Un semestre..... 2 20
 Un número suelto..... 0 40
 Se reciben suscripciones en la Agencia general de *La Nación* y se venden números sueltos en la Librería de Torres Calcedo, en la de Camacho Roldán & Tamayo, en la de Currióls & Seyde y en la Librería Popular de Federico de Guzmán.

IMP. DE "LA LUZ," CALLE 13, NUMERO 100

APARTADO 160—TELÉFONO 250

INDICE DE LAS "NOTAS DE VIAJE" POR SALVADOR CAMACHO ROLDAN

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO XXIII

DE COLÓN A NUEVA ORLEANS

Las islas de San Andrés y Providencia.—Las Bocas del Mississippi.—Puerto Eads.—Gasto impendido en la apertura de la barra.—Importancia de esta obra para las poblaciones del valle del Mississippi.—Las orillas del Mississippi entre puerto Eads y Nueva Orleans.—La cuarentena.—Aspecto del Mississippi.—Los diques de sus orillas.—La llegada á Nueva Orleans.

CAPITULO XXIV

EL ESTADO DE LUISIANA

La adquisición de su territorio por los Estados Unidos.—Extensión superficial.—La población.—Comparación entre el Estado de Luisiana y los de Bolívar y Magdalena en Colombia.—Distribución del suelo.—Riqueza general.—Consecuencias de la abolición de la esclavitud.—Comparación entre Luisiana y otros Estados de la Unión Americana.—Producciones principales de Luisiana.—Organización agrícola.—La raza blanca y la africana.

CAPITULO XXV

EL VALLE DEL MISSISSIPPI

Importancia general de este valle.—Sus diversas hoyas hidrográficas.—Comunicaciones con el resto de la Unión.—Producciones principales.—El maíz.—Los cerdos.—*King-corn*.—El maíz es la producción principal de los Estados Unidos.—Producción de él por fanegada.—El maíz y la producción animal.—Gran distribución de la propiedad territorial.—Cultivo de las tierras por los propietarios mismos.—Jornaleros y salarios de éstos.—Orígenes diversos de los pobladores del valle.—Los extranjeros.—Los africanos.—Causas de su prosperidad.—*El Cotton gin*.—La segadora M'Cormick.—La navegación por vapor.—El aceite de la semilla de algodón.

CAPITULO XXVI

DE NUEVA ORLEANS A SAN LUIS

El carro de camas (*sleeping-car*).—Conversación con un clérigo protestante.—Estado de Mississippi.—Sus producciones, riqueza y población.—Las maderas.—Necesidad de dar protección á los bosques.—El Estado de Tennessee.—Las producciones, riqueza y población.—El Estado de Kentucky.—Producciones, riqueza y población.—El pasto azul.—Cambio de climas, producciones y estado de civilización á medida que se viaja de Sur á Norte.—Llegada á la boca del Ohio.—Paso del Ohio.—El valle de este río.—Llegada á San Luis.

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

HISTORIA DE AYER

POR M. LUCIEN BIART

[Traducido del *Magasin des Demoiselles* para la REVISTA LITERARIA por la señora L. C. de M].

I

Había una vez.... Pero nó, este principio es malo, pues lejos de querer narrar, "contar un cuento," como dicen los niños, me dispongo, al contrario, á referir una historia muy extraordinaria, dramática y verdadera. Sin embargo, es tan clásico, tan sencillo, y al mismo tiempo tan rápido aquel añejo modo de entrar en materia, que estoy por conservarlo. ¡Había una vez!.... ¡Cuán bellos horizontes abren al espíritu esas tres palabras, y quién de nosotros, al despertarse con ellas sus recuerdos, no ve bruscamente desfilan allá, muy lejos, en siglos pasados, un pobre leñador con su hacha, una leñadora seguida de sus infelices hijos! Algunas veces ese preámbulo trae á la memoria un rey y una reina, un príncipe encantador, una princesa bella como el día, luego una hada buena y otra mala, lo cual nos transporta súbitamente á la edad de oro en que los reyes se casaban con pastoras, en que la naturaleza, dócil y complaciente, obedecía al poder de una varita mágica.

¡Cuán lejos están esos tiempos maravillosos! Sin embargo, lo que nuestros padres contemplaban con la imaginación, nosotros lo vemos hoy casi realizado. El vapor, por ejemplo, ¿es acaso otra cosa que las famosas botas de siete leguas que tantas generaciones infantiles envidiaron? Cuando nuestros modernos ingenieros sondan un terreno árido, hacen brotar de él abundantes y puras las aguas de un pozo artesiano y transforman un desierto en verde oasis. En ese hilo de hierro tendido al través de los aires, la electricidad corre tan veloz como el pensamiento que ella arrebatada y transmite á la extremidad del globo. ¿Qué son las varitas mágicas y los ta-

lismanes de propiedades sobrenaturales, comparados con el teléfono que hace resonar la voz á cien leguas de distancia, con el fonógrafo, que almacena las palabras y las repite á voluntad; con el aparato fotográfico, en cuyo fondo un rayo de sol hace instantáneamente producir nuestra imagen; con los globos que, anulando las leyes de la gravedad, nos arrancan á la tierra y nos elevan á las soledades iluminadas del cielo? Y hoy esas maravillas, esos milagros, no son yá sueños, alucinaciones, sino hechos reales, indiscutibles, palpables, cuyo secreto transmitiremos á nuestros hijos.

Así pues, había una vez ... (conservo decididamente esta antigua fórmula) una bella joven de diez y ocho años, tan inteligente como instruída y tan buena como rica, conjunto de cualidades que no se encuentran siempre reunidas, aunque parezca que deberían estarlo. Esta linda persona se llamaba Alicia, y su padre, industrial en grande escala, trabajaba noche y día en aumentar la dote que quería ponerle en la canastilla de bodas. Ahora bien: esta dote, yá considerable, estuvo á punto de hacer para siempre desgraciada á Alicia, al mismo tiempo que á uno de sus parientes lejanos, Eduardo Morlac. En verdad, si la Providencia, que es menos sorda y menos ciega de lo que pretenden las gentes mal informadas, no se hubiese, á falta de hadas, mezclado de una manera muy original en los asuntos de los dos jóvenes, no sabríamos decir á punto fijo lo que habría sucedido.

Eduardo Morlac, que había quedado huérfano á los diez años de edad, sin ningún pariente cercano y sin un céntimo, fue recogido, esta es la palabra, por M. Bretonneau, padre de Alicia y pariente remoto suyo. El niño se mostró digno del interés con que se le cuidó entonces, porque de colegial estudioso se transformó poco á poco en empleado modelo. Activo, arreglado, económico, enteramente consagrado á su bienhechor, á quien secundaba con infatigable celo, Eduardo, tan bien dotado en lo moral y no muy mal físicamente, se ganaba la estimación de todos por la rectitud de carácter. Aunque no veía á Alicia sino de tarde en tarde, alimentaba, desde hacía muchos años admiración profunda por su belleza y por las nobles cualidades que había tenido cien veces ocasión de apreciar en ella. Por su parte (no hay indiscreción en revelarlo),

Alicia sentía simpatía profunda por el joven á quien M. Bretonneau elogiaba sin cesar, y cuyas miradas tiernas, respetuosas, la seguían siempre con visible solicitud. Los dos jóvenes se buscaban instintivamente; porque sus ideas sobre multitud de cosas tenían tan gran semejanza, que ambos eran siempre de un mismo parecer.

M. Bretonneau sabía apreciar á su protegido, y se proponía crearle poco á poco un porvenir, como recompensa de su asiduidad. Su confianza en él no tenía límites: siempre le encargaba los negocios delicados. Todos los días, á la hora de la comida, se complacía en contar á la joven (he dicho que yá no tenía madre) los rasgos de habilidad ó de abnegación de su empleado, y, para hacerle justicia, no le escatimaba alabanzas.... En estos casos Alicia se sonrojaba y bajaba modestamente los ojos, como si los cumplimientos dirigidos al ausente lo hubiesen sido á ella misma. Luégo cuando su padre (y esto sucedía con frecuencia desde hacía algunos meses) le hablaba de que se ocupaba seriamente en establecerla, se ruborizaba y palidecía sucesivamente, y después veía aparecer la imagen de Eduardo, quien habría sido más que feliz si lo hubiera sabido. El, por su parte, pensaba frecuentemente que el hombre que tuviera la buena fortuna de casarse con la bella, dulce y modesta Alicia, sería singularmente dichoso.

La casa de habitación de M. Bretonneau, de construcción enteramente moderna y calificada de castillo, se elevaba en medio de un extenso parque, en el que alternaban los prados y los bosquecillos. Hacia la izquierda, oculta á la vista, se encontraba la fábrica, á un kilómetro de distancia, luégo una aldea muy linda, cuyas casitas blancas con ventanas verdes eran ocupadas por los obreros, á lo menos por los que tenían mujer é hijos. Casi siempre los domingos comía Eduardo en el castillo. Unicamente en ese día era cuando podía conversar algo con su joven parienta. Durante la semana no hacía sino entreverla cuando iba á encontrar á su padre un poco antes de la hora de comer. A esa hora, él, tan cuidadoso, estaba casi siempre inquieto, mirando hacia el lado por donde la joven debía aparecer escoltada por un enorme terranova, que se zambullía frecuentemente en el arroyo que separaba las tierras del parque de las de la fábrica. La sentía en cierto modo acercarse, llegar, y su semblante se regocijaba. Cuando

ella se alejaba, se extendía una nube sobre la frente del joven, que inmediatamente se entregaba á su trabajo, como para recuperar los minutos que acababa de perder, pero en realidad para hacer cesar los latidos desordenados de su corazón.

Una mañana se presentaron en el castillo huéspedes inesperados: dos ingleses en la plenitud de la vida. No tenían ni cabellos rojos, ni dientes largos, ni afectada gravedad; sino hermosos y risueños rostros, humor jovial y gran vivacidad de maneras. El uno era comodoro, es decir, capitán de marina; el otro coronel del ejército de la India. Si parecía que no tenían ninguno de los defectos que nuestra malicia achaca á su nación, los dos extranjeros, en cambio, hacían ostentación de todas las viriles y envidiables cualidades que la honran. Eran, es verdad, algo excéntricos; pero bajo este punto de vista, los franceses no tienen derecho de arrojar á nadie la primera piedra, porque hay entre ellos gran número de extravagantes.

Los dos oficiales eran muy antiguos y muy sinceros amigos, pero rara vez estaban de acuerdo. El comodoro sentía cierto desprecio por la tierra firme, y el coronel no perdonaba al mar que lo enfermase horriblemente con ese mal vulgar del cual ni la jerarquía, ni las guardias, ni el valor, defienden á los reyes. Esta diversidad de opiniones se extendía á todo lo que de cerca ó de lejos se refería á los dos elementos; y ambos adversarios se mostraban entonces tan locuaces, tan vivos, tan obstinados, tan disputadores, que se les tomaba por franceses, tanto más cuanto que se servían con gusto de esta lengua, en la que se expresaban con facilidad y corrección.

No tardó mucho en saberse en el castillo y en las oficinas de la fábrica que los dos amigos, ó los dos antagonistas, como se quiera llamarlos, eran dos graves embajadores, que tenían el encargo de solicitar y de obtener de su huésped M. Bretonneau, la mano de su hija para el sobrino del comodoro. Este joven había tenido ocasión de ver una decena de veces á la gentil Alicia durante los tres meses de invierno que había pasado con su padre en París, y seducido por su lindo rostro, su gracia, y también por sus virtudes, deseaba ardientemente hacerla su esposa.

Poseía una fortuna bastante considerable y soñaba con colocar una parte de ella en la fábrica de M. Bretonneau, á

quien se proponía secundar en calidad de yerno y de asociado. Posición social, edad, distinción, genio, todo era análogo en esta unión, pero M. Bretonneau, muy inclinado á ella, pidió, no obstante, á los embajadores, quince días de plazo, á fin de reflexionar bien antes de dar su contestación definitiva, y conservó como huéspedes á los dos amigos, que lo eran también suyos.

Desde que el industrial dio parte á su hija del empeño de los extranjeros, ésta no hizo sino llorar, no de alegría, por desgracia, sino de verdadera pena. Interrogada con suavidad, Alicia declaró que ella no había pensado nunca en casarse, y que se encontraba tan bien junto á su padre, que no quería cambiar de vida.

—¿Te propones, por ventura, vestir santos? le preguntó M. Bretonneau.

—No precisamente, respondió la joven.

—Entonces, ¿por qué lloras?

Alicia quiso responder, y no pudiendo hablar, corrió para su cuarto, adonde la siguió su padre.

—Veamos, le dijo con su bondad habitual; ¿de qué proviene ese pesar exagerado?

Alicia calló y volvió á llorar. En el fondo no encontraba desagradable en lo más mínimo el esposo que se le proponía; pero ¿cómo confesar que desde hacía largo tiempo había decidido en su mente, de acuerdo con su corazón, que si algún día se casaba, sería con su pariente, con Eduardo Morlac, quien (y por lo pronto ella le guardaba un poco de rencor por ello) había debido anticiparse al joven inglés?

La noticia de que Alicia iba á ser dentro de poco sobrina del comodoro Foster, esparcida sordamente, hizo palidecer de espanto á Eduardo cuando llegó á sus oídos, y el joven empleado se consideró al instante el más desgraciado de los hombres. El también había decidido desde hacía mucho que, si se casaba alguna vez, sería con su prima; pero no había dejado de preocuparse con un punto negro, en el que Alicia no pensaba absolutamente: el de la fortuna. Eduardo economizaba, desde hacía mucho, con una especie de avaricia, y había reunido unos treinta mil francos. Pero ¡qué deplorable papel haría esta gota de oro colocada junto al medio millón que

poseía su prima! Por muy paternalmente que lo tratase M. Bretonneau, á Eduardo en su delicadeza no se le ocultaba que ese era un temible é invencible obstáculo para la realización de sus sueños. Había, pues, callado siempre cuidadosamente su secreto, como lo había hecho Alicia con el suyo. Pero el joven trabajaba con ardor sin igual; acariciaba la esperanza de que, reconociendo su aplicación y su celo, M. Bretonneau le daría alguna participación en las utilidades de la casa. Esta esperanza no era quimérica, porque M. Bretonneau la había hecho nacer al hablarle del porvenir.

Cuando llegó el domingo y Eduardo apareció en el castillo, los jóvenes se quedaron sorprendidos de verse tan pálidos, y casi no hablaron. Parecía que desde la llegada de los extranjeros se había levantado repentinamente una barrera entre ellos. No obstante, ¡cuántas cosas no habrían querido decirse! Cuando sus miradas se encontraban, las bajaban á la vez, y si alguno de ellos hablaba, su voz era temblorosa.

Después del café, cuando el comodoro, el coronel y M. Bretonneau se empeñaron en su acostumbrada partida de *whist*, Alicia y su primo se encontraron cerca el uno del otro; entonces se vieron obligados á hablarse; fue Alicia, contra la costumbre, quien principió:

—Pareces triste y preocupado, primo, le dice; ¿estás enfermo?

—Muy enfermo, responde Eduardo.

—¿Qué tienes? preguntó al momento la joven con profunda ansiedad.

—Me han dicho que.... ibas.... á casarte.... y la idea de no verte más!....

—Han mentido, replicó Alicia muy bajo, pero con energía y vivacidad.

Eduardo se atrevió entonces á mirarla; los dos se ruborizaron. Oh! esa mirada silenciosa, qué dulce secreto acababa de revelarles, ó, mejor dicho, de confirmarles!

—¿Por qué, dice Alicia, no hablas á mi padre?

—Porque eres rica, Alicia, y yo soy pobre.

—¿Qué hay con eso? dice la joven. ¡Si fueses rico y yo pobre, lo aceptaría todo de tu mano, todo!

—No es lo mismo, dijo Eduardo con amargura.

—Cómo! ¿Te repugnaría deberme alguna cosa?

—Nó, ciertamente; pero ¿qué diría la gente, qué diría tu padre? Si hiciera lo que me indicas, se me acusaría de miras odiosas. ¡Oh, Alicia, quisiera morir!

—Yo también, murmura Alicia alzando los ojos, en los que brilla una lágrima, hacia una estrella que, colocada en el centro del pedazo de cielo limitado por el marco de la ventana cerca de la cual están los dos jóvenes, parece una dulce pupila fija sobre ellos.

—Hábla á mi padre, vuelve á decir Alicia; él me quiere y te quiere, y no le gustará que seamos desgraciados.

Luégo, turbada por el atrevimiento de lo que acababa de decir, va á sentarse cerca de la mesa de juego; Eduardo mueve suavemente la cabeza. No tiene la ingenua confianza de su prima; siente, mejor que ella, las dificultades de su posición.

El día siguiente, á la hora en que acostumbraba examinar, con M. Bretonneau, el contenido de las cartas llegadas por el correo, repetidas veces se muestra distraído, y parece no oír las preguntas que le dirige su pariente, quien al fin lo mira con atención.

—¿Qué tienes? le pregunta á quemarropa.

—Yo, primo?... Nada.

—Hé ahí un *nada* que te pone bien pensativo, y sobre todo bien pálido. Ah, yá caigo! Será que tus males tienen algo que ver con los de tu prima?

Eduardo, embarazado, inquieto, turbado, balbucea unas palabras confusas.

—¡Eh! ¿qué dices? pregunta M. Bretonneau bajando la oreja con la mano; hábla á lo menos de modo que te oiga. Una vez más: acaso?....

—Sí, primo.

—¿Sí, qué? Acaso, continúa M. Bretonneau con ironía; ¿tienen ustedes deseos de casarse?

—Sí, primo.

—Oh! Oh! ¿Y están ustedes de acuerdo?

—No, responde el joven con más firmeza; aunque amo á mi prima, no se lo he dicho nunca; pero temo que lo adivinara ayer.

—¿Y habéis hecho juntos algunos proyectos?

—No, primo, responde Eduardo con voz firme; yo no he olvidado un solo instante las bondades de usted, la posición de la señorita Alicia, ni la mía. Jamás! ¿Será necesario que lo jure? Jamás he dicho á la señorita Alicia una sola palabra que haya podido....

—Te creo, amigo mío. Pero tratemos este grave asunto como tenemos costumbre de tratar todos nuestros negocios importantes, es decir, á fondo. ¿Conque amas á Alicia?

—La amo.

—¿Y cuáles son tus intenciones?

—Quiero partir esta tarde, responde el joven haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, y si usted me ha visto distraído, es porque temía que, mal instruído, tomara usted mi retirada por ingratitud.

—Pues bien, estoy prevenido. Y . . . ¿adónde irás?

—A buscar fortuna lejos, en donde vea más probabilidades de encontrarla.

—Bien pensado, y te conozco lo bastante para no sorprenderme de tu resolución. Pero ¿no puedes retardar tu viaje, darme tiempo para escribir á algunos de nuestros correspondientes, que pueden servirte? Desde luego, el lugar que ocupas aquí es bastante importante para que se te reemplace repentinamente. Veamos, no me dejes en dificultades, y concédeme los ocho días de costumbre.

—Estoy á sus órdenes, primo; sin embargo, como sé que el sobrino de su amigo debe llegar de un momento á otro, no me siento con valor....

—Estás mal informado; el joven de que hablas no estará aquí antes de la semana entrante. Ah! pobre muchacho! Si yo me hubiera imaginado que tendrías la debilidad de fijar tu atención en esa chica, te habría ahorrado los disgustos por que estás pasando y has de pasar aún, enviándote á arreglar los intereses que tenemos comprometidos en San Petersburgo. Al cabo de un mes habrías vuelto curado, porque no son mortales esos males.

Eduardo quiere protestar, afirmar lo contrario, pero se contiene.

—Vamos, dice M. Bretonneau; está convenido, y para que procedamos de acuerdo, ¿te sientes con valor de diferir tu partida hasta el lunes?

—Sí, responde Eduardo.

M. Bretonneau estrecha fuertemente la mano del joven, y se dirige hacia el castillo cuya campana lo llama para el almuerzo, después de dirigir á su empleado una amistosa mirada de compasión.

II

Al día siguiente, desde el alba, se pasea Eduardo febrilmente en la parte más retirada del parque. ¡Cuánta tristeza hay en su alma, cuánta pena en su corazón adolorido! En vano los pájaros modulan dulces trinos para saludar al sol, y entreabren las flores sus húmedos cálices; él permanece indiferente á todo lo que lo rodea. A pesar de su promesa de la víspera, piensa partir repentinamente, sin volver á ver á Alicia ni aun á M. Bretonneau, á quien se propone escribir para excusarse. De repente, hacia su izquierda, oye una serie de detonaciones, que parecen responderse á iguales distancias, y cuya causa no se puede explicar. Echa por un sendero, se dirige rápidamente hacia el lugar de donde procedía el ruido, que ha cesado yá, y desemboca en un prado. A veinte pasos, delante de él, cerca de los sauces que orlan el arroyo, ve al coronel y al comodoro enfrente uno de otro, armados de pistolas. Hablan con vivacidad, discuten. Eduardo cree que es un duelo, y se adelanta vivamente hacia los dos extranjeros.

—¡Bravo! Llega usted á tiempo, mi querido, le grita el comodoro saludándolo, y si gusta, va á servirnos de árbitro. ¿Ve usted esta rama de saúce que he agujereado para introducir en ella el tubo de una pipa? Pues esta rama representaba ahora mismo un hombre con la pipa en los dientes, y al cual acabo de quitársela de un pistoletazo. He repetido la prueba dos veces, y voy á hacerlo una tercera, á fin de convencer á este testarudo, que niega.

—No niego su maravillosa destreza, querido, responde el coronel con tono conciliador; digo sólo que hay gran diferencia entre tirar á un árbol y tirar á un hombre. En este momento usted tiene una sangre fría que no tendría ciertamente si la pipa, en vez de colgar de un árbol, estuviese en los labios de un sér humano; esa es toda la cuestión.

—Pues bien, ensaye usted; y verá quién tiene razón.

—Nó, replica el coronel; eso sería obrar contra mi convicción, puesto que dudo que usted pueda ejecutar, sin peligro, ese acto de destreza.

—Si no estuviera seguro de mí, Willy, no le propondría que se sometiera á la prueba. Veamos: ¿no es usted el mejor, el más querido de mis amigos, y no está usted convencido de que por nada del mundo querría herirlo y menos matarlo?

—Pero como la cosa podría suceder contra su voluntad, replica el coronel con buen humor, me conduzco de modo de evitarle un remordimiento. Por más que se incomode usted, prefiero mi rostro con una nariz sin cicatriz y tál como está ahora, á la que usted podría darme si yo cediese á su capricho.

—He ofrecido apostar cinco mil libras, exclamó el comodoro; ofrezco el doble.

—¿Y si me mata?

—Me hago cargo de las indemnizaciones.

—Sí, y después se morirá de pesar; conozco su buen corazón; sé que usted es el mejor tirador de los Tres Reinos; acaba de probármelo tiro tras tiro, pero ¿qué quiere usted? tengo la debilidad de amar la vida.

—Ponga un tercero en su lugar, y á lo menos sostenga la apuesta.

—¿En dónde quiere usted que encuentre un hombre bastante atrevido ó bastante necio, para prestarse á su capricho?

—Si estuviéramos á bordo de mi viejo *Alción*, exclamó el comodoro golpeando el suelo con el pie, encontraría usted veinte entre mis antiguos marineros. Veamos, Willy: si hallo por ahí un muchacho de buena voluntad, ¿sostiene usted la apuesta?

—Sea, responde el coronel un poco burlón; pero es seguro que usted no lo encontrará.

—Pero si lo encuentro, ¿es cosa convenida?

—Convenido. Con la condición, sin embargo, de que no buscará su hombre en una casa de locos, único lugar en donde podría encontrarlo.

—Señor, dice el comodoro acercándose á Eduardo; ¿no podría usted indicarme, entre los obreros de su fábrica, un muchacho resuelto y de sangre fría?

—¿Luégo esto es serio? pregunta el joven.

—Muy serio. Hace yá dos años que mi amigo y yo disputamos sobre este punto, y yá es tiempo de poner fin á la controversia, si queremos evitarnos más disgustos. Búsqueme usted, se lo ruego, el hombre que necesito.

—¿Ha pensado usted, responde Eduardo, en que no se expondrá gratis?

—Ciertamente, responde el comodoro; y por eso tengo la intención de cederle la ganancia de mi apuesta, pues estoy seguro de triunfar.

—Pero ¿y si pierde?

—Sacaré de mi caja las diez mil libras ofrecidas.

—¡Doscientos cincuenta mil francos!

—Pagaderos por medio de un cheque á la vista, sobre el Banco de Inglaterra. El coronel, si es necesario, me servirá de fiador.

Eduardo se estremece, reflexiona un minuto, luégo recoge una pipa.

—Señor, dice, ¿quiere usted indicarme el lugar en que debo colocarme?

Los dos ingleses hacen á la vez un movimiento de sorpresa.

—A veinticinco pasos se ha convenido con el coronel, responde por fin el comodoro.

—¿No comprende usted, dice el coronel á su amigo, que el señor se chancea y se burla de nosotros?

—Estoy esperando! responde Eduardo con gravedad.

El comodoro prepara su arma cuidadosamente; el coronel, riendo, se burla de él.

—¿Es decir que retira usted su palabra? pregunta secamente el comodoro.

El oficial no se atreve á decir que sí; pero empieza á alarmarse de la seriedad de Eduardo y de la de su amigo.

—¡Al diablo, querido! exclama de repente; si usted va á llevar esto á cabo, prefiero declararme desde ahora vencido y pagar al instante la apuesta.

—Tranquilícese, usted siempre la pagará, responde el comodoro con calma. Señor, añade dirigiéndose á Eduardo, ¿tiene usted la bondad de levantar la cabeza dos centímetros?

El comodoro apunta; el coronel, pálido, no se atreve ya á decir una palabra, á hacer un movimiento. Suena una detonación; la pipa ha sido arrebatada, y el marino ríe con una risa de niño al ver la cara espantada de su amigo. De repente se precipita hacia Eduardo, lo coge y lo estrecha en sus brazos.

—Estaba seguro de mi puntería y de mi arma, señor, le dice; sin embargo, tengo que darle las gracias por su confianza en mí, y felicitarlo por su sangre fría, que renueva la de uno de mis compatriotas, el famoso Sheridan.

—Y bien, testarudo, añade dirigiéndose á su amigo, que estaba todavía conmovido, ¿se ha convencido usted por fin?

—El buen éxito justifica todas las cosas, dice el oficial, que recobra al fin su respiración normal; pero desde ahora hasta el fin de mi vida renuncio á estos experimentos. Estoy seguro de tener algunos cabellos blancos más que los que tenía cuando me levanté, y se los pago á usted, señor, dijo con cortesía, tendiendo á Eduardo una hoja de su cartera, en la cual había garabateado algunas palabras. Tenga usted, mientras que pago, un reconocimiento de mi deuda. Permítame decirle que no he visto nunca dinero más caballerosamente ganado. Y á propósito, me acuerdo de una de las cláusulas de la apuesta; ¿no está usted loco á lo menos?

—Estoy enamorado y desesperado, responde Eduardo.

—Enamorado! Hum! Entonces el caso es tal vez litigioso.

—Si usted anda con reparos, me hago cargo de la deuda.

—No es eso, querido; trato, por medio de una chanza, de volver á mi sangre su circulación habitual. Volvamos al castillo; tengo necesidad de reparar mis fuerzas.

III

También Eduardo, algo aturdido por lo que acaba de pasar, aprieta maquinalmente entre sus dedos el papel que le han entregado. No había esperado ganar, sino que le volarían los sesos, cesar de sufrir, acabar con el suplicio de pensar que Alicia.... En el fondo está aturdido, desorientado por aquel desenlace imprevisto para él. Al fin, el joven, con el pretexto de sus ocupaciones y deberes, se despide de los dos

ingleses y se encamina apresuradamente hacia la fábrica. Está en retardo y encuentra á M. Bretonneau trabajando. El industrial respira fuertemente al ver aparecer á su empleado.

—¡Uf! Tu ausencia comenzaba á inquietarme. Vamos: examinemos estas cartas.

Durante una hora leen, toman notas, transmiten órdenes; terminada esta tarea, Eduardo, que no ha temblado ante la pistola del comodoro, tiembla, mira escribir á su pariente, y no se aleja.

—¿He olvidado alguna cosa? pregunta el industrial levantando la cabeza.

—No, primo, sólo quiero decirle.... recordarle que amo á mi prima Alicia y....

—¿Y que te dispones á partir? ¡Ah, sí! lo recuerdo.

—Si vuelvo á este asunto, sigue diciendo Eduardo, es porque desde ayer, desde hace un instante, ha sobrevenido un cambio en mi posición. Si un capital de cerca de trescientos mil francos, más todo mi trabajo empleado en la fábrica, no le parecen ofertas demasiado....pequeñas.... Si....

—¿Has heredado, pues, de ayer acá? exclama M. Bretonneau estupefacto.

—No, he....

Eduardo vacila; no puede ni quiere contar su locura, su aventura increíble.

—He ganado un gran lote, dice por fin.

—¿Y quieres comprarme mi hija?

—No, primo, porque es un tesoro que con todo el oro del mundo no podría pagar.

—Vamos, hé ahí un punto en que estamos de acuerdo. Sobre el otro, te pido hasta la noche para reflexionar. ¿Es demasiado?

—No, primo.

—Cuéntame, pues, prosigue el industrial, muy inquieto, ¿en qué lotería has ganado, tan á propósito, el gran premio que acabas de anunciarme?

Eduardo se ruboriza y calla. Ahora su aventura le parece ridícula, necia, y el dinero que va á recibir le quema anticipadamente los dedos.

—¡Oh! ¡oh! dice M. Bretonneau; si no te conociera, es-

taría por creer que has cometido alguna fechoría. Vamos; guárda tu secreto, no tendré derecho de conocerlo sino en caso de que llegues á ser mi yerno. A propósito: te prevengo que esta tarde comes con nosotros en el castillo, y hablaremos de lo que te preocupa. Me repugna, debes comprenderlo, tratar en mi oficina de negocios un asunto relativo á la felicidad de mi hija. Conque, hasta la tarde.

La comida ha transcurrido sin novedad. Eduardo ha estado muy desasosegado, porque Alicia, por más que fuese en su calidad de señora de la casa el punto de vista de su padre y de sus huéspedes, le ha dirigido varias veces, risueña, miradas que él cree de buen augurio. Al volver al salón, el coronel conduce á Alicia. No se ha hecho ninguna alusión á la aventura de la mañana, durante la comida, como lo temía Eduardo. Sin embargo, en el momento de pasar el coronel y Alicia, el comodoro desliza su brazo bajo el del joven empleado.

—Usted me pertenece un poco, le dice en voz baja, porque le debo un triunfo del que le estoy agradecido. ¿Creerá usted que el coronel, después de haberse burlado tanto de nosotros (lo que le ha costado caro), está ahora orgulloso de haber representado un papel en nuestra calaverada? Lo ha teleografiado todo á Londres, en donde esos casos son comprendidos mejor que en París, y yá debemos ser el asunto de todas las conversaciones de club. Mi amigo y yo nos vamos mañana; si usted quiere acompañarnos, le prometo magníficas ovaciones allá.

—Aceptaré tal vez su ofrecimiento dentro de un instante, responde el joven, y si usted quiere, volveremos á hacer la prueba, esta vez gratis.

—Lo dudo, responde el comodoro con estrepitosa carcajada; y al mismo tiempo aprieta cordialmente la mano del enamorado.

La mesa para el *whist* está preparada.

—Señores, dice M. Bretonneau con solemnidad, permítanme ustedes, antes de empezar, cinco minutos de atención para el arreglo de un asuntito de familia que nos interesa á todos, y cuya solución mi joven pariente es el único que no conoce. Usted me ha hecho el honor, comodoro, de pedir la mano de mi hija para su sobrino, que quería al mismo

tiempo ser socio de mi fábrica. Ahora bien: el doble puesto que este joven solicitaba, pensaba yo desde hace mucho tiempo, y se lo he confesado á usted, verlo ocupado por mi primo, que está aquí presente. Pero me imaginaba que había antipatía entre él y su prima, y por eso acogí la propuesta de ustedes. Me he desengañado, gracias á ese disparo que....

—En verdad, exclama el comodoro con tono arrogante, cogiendo por el brazo á Eduardo, á quien mira con aire enojado: señor, estoy por pedirle cuenta de su felonía. Usted me ha hecho ganar la apuesta, pero si yo hubiera tirado mal, mi sobrino sería, á estas horas, el prometido de la futura de usted.

El comodoro prorrumpe en risa; empuja á Eduardo hacia Alicia, á quien su padre empuja hacia Eduardo, y los dos jóvenes se encuentran medio sofocados en brazos del industrial, que también se ahoga. Los dos ingleses, aunque militares, ó más bien, por ser militares, es decir, valientes y generosos, sienten los ojos llenos de lágrimas.

—Cómo; ¿no vamos á jugar al *whist*? dijo por fin el coronel por distraer la atención; tengo necesidad, yo que desgraciadamente no sé cómo, de ganar algún dinero. No que sienta el que sus bellos ojos me han hecho perder, añade inclinándose hacia Alicia, puesto que él ha influido algo en su felicidad, querida niña. Esté usted orgullosa de su prometido; ha expuesto su vida por conquistarla á usted, con una sangre fría y una temeridad que prueban la fuerza de su pasión. ¡Usted será feliz!

—Eduardo no ha arriesgado nada absolutamente, exclamó el comodoro; yo estaba seguro....

No acaba la frase; ríe, hasta llorar, de la mirada de indignación que le lanza la joven señora de la casa.

Los jugadores se sientan á la mesa. Libres, en fin, Eduardo y Alicia, la mano del uno en la del otro, hablan en voz baja, y se pierden pronto en una conversación, en la que se trata mucho del pasado, y mucho más aún del porvenir.

Hé aquí como Alicia Bretonneau, sin la intervención de ningún mago, de ninguna hada, de ningún talismán, por una serie de acontecimientos á los que el dedo de la Providencia no parece haber sido extraño, ha venido á ser no sólo la feliz Mme. Morlac, sino también, y siempre como en los cuentos de antaño, madre de dos preciosos niños.

LAS POESIAS DEL DOCTOR NUÑEZ (1)

I

Juzgar con acierto las obras de un poeta de tanta nombradía como el Doctor Rafael Núñez, es empresa ardua, aun para literatos expertos; ¿cuánto más no lo será para aquellos á quienes, como simples aficionados al cultivo de las letras, parece estuviera vedada tamaña osadía?

Sólo nos mueve á romper el silencio la circunstancia de que la prensa de la capital y los entendidos en el arte han callado ante acontecimiento literario de tanta magnitud como lo es la publicación en libro de los versos del Presidente de Colombia; versos que siempre han obtenido aquí resonante popularidad. En lo que se refiere al perfeccionamiento moral é intelectual de la humanidad, la corriente del siglo marcha con fuerza avasalladora, y hay más: en nuestra época nos creemos todos con fuerzas suficientes para emitir concepto sobre las creaciones artísticas, porque desde niños se nos educa en la contemplación y aplauso de los grandes modelos. Así, al emitir con desenfado nuestra opinión, nos parece como que hacemos uso de un derecho natural, para ejercer el cual nos vale de mucho la franqueza, yá que por otros caminos no hemos de poder ilustrar el criterio de los lectores.

El progreso del siglo ha extendido su influencia moderni-

(1) La colección en referencia fórmanla 51 poesías, entre las cuales figuran las muy conocidas, admiradas y populares en América: *A mi Madre*, *¿Qué suis-je?*, *Belleza*, *Llanto y Virtud*, *Lo Inexcrutable*, *Todavía*, *Lo Invisible*, *El Mar Muerto*, etc. Con verdad se ha dicho que la publicación de este libro es un acontecimiento literario de gran significación en la poesía hispano-americana. El señor Núñez, por sus ideas y su espíritu filosófico, por sus tendencias en la esfera de los conocimientos político-sociales, por su obra literaria tan avanzada y múltiple, constituye una personalidad importantísima, y sus versos representan, no cabe duda, la historia de su alma, ora creyente, ora incrédula, y el resumen, por decirlo así, de su credo, espiritual, político y literario. Echamos de menos en la colección algunas poesías suyas, que bien merecen los honores de la recopilación, tales como *El Colibrí y la Rosa* y *La Vigilia y el Sueño*.—(*La Revista Ilustrada de New York*.)

zadora á todas las esferas de la actividad humana, y por eso ha llevado también sus fecundos gérmenes á los dominios de la literatura. Hoy en día, en las regiones del arte literario se da la preferencia, con particular empeño, á la crítica biográfica, porque en el deseo de profundizarlo todo, nos parece este género el más adecuado para adquirir, en breve lectura, suma variada de conocimientos. De aquí que el escritor no se limite en su tarea á referir los hechos de un personaje célebre, sino que persiga los menores rasgos de su fisonomía, la influencia de raza, los elementos sociales y las mil circunstancias que hayan influido física ó moralmente en el desarrollo del individuo y en la composición de sus obras.

Al tratar de encomiar las cinceladas frases de un poeta de genio ocurre naturalmente—siguiendo esta corriente moderna de investigación que ahora nos domina—el deseo de fijar cuál ha sido la fuente poderosa de su inspiración; cómo logra impresionarnos con su canto; hasta dónde puede llevarnos en alas de su arrebatada fantasía, y qué enseñanza ó ejemplo deja en nosotros la lectura de sus versos.

Como inmediato galardón concedemos á cualquier *ensayista* el dictado de poeta, mas cuando se trata de autor cuyas obras han ido de mano en mano despertando en lo profundo del alma intensas emociones, cierto sentimiento inexplicable de emulación común se sobrepone y nos hace caer en la cuenta de vagos sentenciosos aforismos; de moldes estrechos en los que no cabe el pensamiento que desborda; de un estado de permanente lucha en el alma del poeta, que produce también agitación y malestar en la nuestra.

Ingrato empeño nos parece pretender rebajar el mérito de un poeta poniendo en parangón su nombre con el de otros artistas que han logrado dar más entonación ó formas más esmeradas y correctas á sus cantos. Difícil é inadecuado es el terreno de las comparaciones cuando se trata de apreciar las obras de genios privilegiados, porque el patrimonio esencial y singularísimo de éstos es el ser únicos y originales en las manifestaciones brillantes del espíritu.

Los cantos de Gregorio Gutiérrez González y de Rafael Pombo, son notas líricas de inspirada y seductora melodía; de los labios y de la mente de José E. Caro brotaron ardientes

quejas de altiva y profunda pasión, pero estaba reservado al genio de Núñez descorrer con atrevida mano el misterioso velo que oculta las tinieblas de hondos arcanos.

Y es porque él, á impulsos de su arrebatado intelecto, osó emprender vuelo hasta regiones desconocidas y, coronando las alturas, dijérase que descendió luégo á la tierra á complacerse en aprisionar nuestras inteligencias en la caprichosa red que su incansable pensamiento va labrando á fuerza de sutileza y perseverancia comparables á las de la araña.

Tendencia humana es preferir siempre lo que sorprende; lo que entusiasma y arrebatata nos fascina con la movible atracción que produce el espejismo de los cielos. Amamos las ilusiones aun cuando nos priven de libertad, sembrando en el pecho mil inquietudes, y los poetas suelen comprar su inspiración al precio mismo de su sangre. Para ellos el amor es la escala misteriosa de la perfección.

¡Extraño é ineludible destino el del genio! El sufrimiento lo purifica y engrandece; así es como logra remontar el vuelo y comunicar á sus obras ese sello sublime que nos cautiva el alma y transporta á un mundo nuevo, ideal, perfecto.

Todo el que ama y se siente amado, quisiera ser poeta para cantar con voces de fuego las inefables gracias de su ídolo. A impulso de este sentimiento natural comenzó entre nosotros la más amplia y significativa reacción literaria que quebrantó los yugos del convencionalismo clásico de la Colonia, distinguiéndose por el ardor erótico con que, á porfía, unos y otros rendían homenaje á la diosa de su corazón.

Nada recuerda ni determina mejor ese favorable cambio que la celebrada aparición de *Edda*, inspiración suprema del vate bogotano, que supo interpretar la propicia corriente de aquel tiempo con un canto cuya dulzura y elocuencia no se han borrado aún de nuestra mente.

También Gregorio Gutiérrez González y José E. Caro entonaron sus más apasionadas y sentidas canciones por la dulce compañera que hizo el encanto de su vida y les sirvió de musa inspiradora.

¡Poder singular é irresistible otorgado por Dios mismo á la mujer, como saludable reparación de la caída del Paraíso!

Es ella la que engrandece al hombre, la que sabe inspi-

rarle el instinto secreto de lo alto. Así es que al formar el balance de las glorias humanas le tocará la mejor parte por haber sido la eterna impulsadora de todo lo grande; la que ha sabido comunicar energía al brazo que lucha; infundir inextinguible aliento de vida al que persigue el ideal.

La locura de las pasiones humanas acaba en donde comienza el umbral sagrado del hogar, así como las olas agitadas del mar bravío llegan después de la lucha á morir en la playa con melancólica queja.

La mujer es hada poderosa que vence con su benéfico influjo el espíritu del mal, porque toda mujer que ama verdaderamente, quiere con la ternura y delicadeza de una madre, y ¡es siempre espectáculo consolador el del hombre que se enaltece y purifica por el amor!

Busca el poeta la perfección; suspira por una fuerza moralizadora que dé luz á su espíritu y guíe discretamente su conducta. Y, ¿cómo negar que hay seres que se adivinan y comprenden, á quienes parece que Dios mismo hubiera inspirado recíprocamente tierno é inmaculado afecto?....

Vivir en un mundo superior al en que todos vivimos; escudriñar ansioso el proceloso mar de encontrados sentimientos; huír mortalmente herido del loco frenesí de devoradoras pasiones; pintar con irreprochable sinceridad un estado del ánimo; tener el tino de comprender y la franqueza de proclamar que toda santa inspiración nos viene de la mujer; marchar siempre en pos de codiciado laurel para luego combatir por dicha aún mayor que infunda al alma celestial consuelo; esa ha sido la columna de fuego de la ruta de Núñez; columna que nuestra vista no puede contemplar sin asombro, porque la costumbre que tenemos es andar entre tinieblas y sin luminar que nos guíe.

La atmósfera del siglo es esencialmente positivista, y por eso en los tiempos que corren es de mejor gusto hacer gala de no tener corazón que de haber sabido librarlo del corrosivo ambiente que se respira.

Proclamando que la misión del poeta no puede cumplirse sin calvario, diremos también que la poesía, para ser verdadera y universal, tiene que encerrar en sus moldes la queja amarga de todo lo grande.

De aquí que la lucha del siglo, el vaivén de las pasiones, la duda—como mortal herencia de un escepticismo desconsolador—hayan surgido también de las cuerdas de la lira del señor Núñez con energía incomparable.

Cuando quiso ser cantor de la desesperación, impregnó su acento en tan amargo acíbar, supo exhibirse con tal arte y verdad, que pudiera decirse, en rigor, que no hizo sino traducir, como por movimiento reflexivo, los arranques de incertidumbre de millares de seres que sufren y vacilan; pintar, con colores reales, un estado de ánimo que no era únicamente suyo, sino de la humanidad entera. El *Que sais-je?* y *Dulce ignorancia* son la síntesis de esa lucha de todos los días entre el corazón y la cabeza, lucha en que al fin vence el corazón si acaso queda en nosotros una brizna de fe, porque

Amar no es otra cosa que creer.

En el *Que sais-je?* el poeta descubrió el misterio de la expresión bella y virtió en la copa del néctar poético, algo esencial y propio, sin que el análisis científico pueda matar la ilusión artística que nos embarga como con dulce beleño de perfecto ideal. Allí se apartó de la imitación rutinera, seguida invariablemente por los de su época, de escribir en moldes gastadísimos y de antojadiza moda, para fijar, de manera indeleble, las palpitaciones sociales de un período histórico. ¡Qué gloria para él subir transfigurado, cual otro Moisés, á la cumbre del Sinaí!

Aquella voz se extendió con tan vertiginosa rapidez, que el tiempo no ha logrado apagar el eco de angustia que despertó en nuestro pecho, ni tampoco amortiguar la gloria alcanzada por el autor con ese canto, el cual difundió tal brillo sobre la frente de Núñez, que los demás destellos de su numen han aparecido luégo como pálidos reflejos de moribundo sol.

Mas quien quiera librarse de tamaño error y sentir las violentas palpitaciones de un corazón que ha tenido el talento de saber amar, que lea las poesías del señor Núñez, prescindiendo si quiere—para formar su juicio con más exactitud—de la composición mencionada, la que, como yá indicámos, marca un momento histórico en la vida de las letras colombianas.

Y quien tenga empeño en descubrir el noble móvil que ha guiado el brazo, la llama que ha puesto en ebullición ese pris-

mático cerebro, la clara é inagotable fuente en donde el poeta ha bebido primaveral eterna inspiración, que apacigüe la sed de su deseo con el estudio atento de dichas composiciones. En casi todas verá brotar con majestad soberana el triunfo decisivo del corazón sobre la cabeza. ¡Cuán estéril y desproporcionado con la verdad le parecerá entonces el prurito de acoger las censuras de los que mancillan la alteza del poeta sin haberle oído, y muchos de los cuales ni aun oyéndole podrían comprenderle!....

Extraña fuerza de voluntad y muy claro juicio llevaron al señor Núñez á buscar amparo contra la tempestad en el regazo de la mujer amada.

Por eso exclama convencido:

....la existencia
Sin el amor ¿dó está?....

Es cierto que el señor Núñez, en algunos momentos solemnes de su vida, se sentía arrastrado por la corriente del remolino de una filosofía pesimista, pero tuvo bastante valor para volver la vista atrás; buscó calor y vida y pensamiento en otra parte, y al tibio ambiente de amoroso pecho penetró en su espíritu la verdad, cual suele la rosada aurora que corona la cumbre de los montes iluminar súbitamente los confines de la tierra, del mar y del cielo!

II

El hecho de ser el señor Núñez uno de los hombres públicos que más han sobresalido en el país y cuya influencia política se ha hecho sentir de manera indeleble, impide, principalmente, que pueda considerarse su obra poética sin juicio preconcebido.

Todo el mundo se inclina á buscar en los actos de la vida del gobernante, en sus frases oficiales, ó en su actitud de polemista y razonador, la última expresión de sus sentimientos, la nota íntima que pinte su carácter, y dé, por así decirlo, la medida exacta de sus impresiones. Sin considerar que á este respecto es muy verdadero el juicio que hizo sobre el vate de Cartagena el insigne García Merou, cuando, al hablar de sus poesías, afirmó que:

“ El talento artístico se une en él al talento político, ó éste no es tal vez sino una de las formas del primero.”

Lo cual es por todo extremo explicable desde el momento en que se le otorgue, como es justicia, la palma de genio poético de primer orden.

La fuerza creadora y reflexiva de su sér y el sentimiento de lo bello lo llevan, aun cuando no quiera, á verter su alma entera en sus versos; á transparentar sus íntimas emociones é ideas, á evocar la forma poética de la realidad con sinceridad tan ingenua como sería imposible que lo hiciese en ninguno de sus mensajes ó proclamas.

Leyendo su libro hemos de encontrar frases y pensamientos que confirman nuestro juicio, porque le exhiben como hombre espiritualista y de corazón sensible y amoroso.

Se dirige con efusiva ternura á su madre y le dice:

.... Como el amor es la creencia,
De tu asilo apacible busco el ámbito,
Porque sin ti mi pecho no creerá.

Y, luégo, rindiendo á *la mujer* el culto fervoroso que su madre misma supo inspirarle como segura egida, exclama:

Yo te llamara Dios ó Providencia,
Si tu misma misión y tu existencia
La causa prima no me hicieran ver....

¡Ay! es tan grande y rico ese tesoro
Que en el pecho nos guardas, que no hay oro
Que pueda á tal tesoro equivaler;
Aun después que llegamos al ocaso,
El mantiene el vigor de nuestro brazo,
Y nuestros ojos suele esclarecer.

¡Es quizá la conciencia! ese resorte
Que á las veces impide al mal que aborte ...

Ante el mudo poder de la mirada
De una mujer querida ó respetada,
¿Qué corazón viril no latirá?

Y ¿qué debes hacer con tu influencia?

.....
No es recibir el humo del incienso,
Sino elevar del hombre el corazón.

Amantes desvaríos
Son con frecuencia combustión del arte;
Ojos de una mujer, luces del cielo,
Que nos conducen por mejor camino
A obedecer sentencias del destino.

(*Psiquis*).

Oigámosle en sus especulaciones filosóficas:

....Cuanto aquí se agita es como un velo
Que oculta lo insondable,
Del Verbo superior un breve modo,
Atomo apenas de un inmenso todo,
A los ojos del hombre impenetrable.

(*Lo Inescrutable*).

En su canto *Al Tequendamó*:

¡Venid! Veréis el mundo cuánto de aquí se aleja,
Dejad sus falsas voces por esta augusta voz,
Y sus profanos sitios por éste que refleja
En su grandeza simple la majestad de Dios.

En *Lo Invisible*:

¡Ah! no siempre lo justo halla victoria,
Que tremola también palma de gloria
Con orgullo la impura iniquidad.
Esperemos, no obstante, que la idea
Pueda brillar donde la pira humea,
Y á la larga dé frutos la verdad.

Si el hombre á lo perfecto aspira y tiende,
Si en santa caridad su alma se enciende,
Si á su patria se ofrece en oblación;
Si Dios es Dios, en fin, ¿será posible
Que á una nada común lance impasible
Vicio y virtud, á Borgia y á Catón?

Si tiene la materia ley de vida,
Ley suprema que nunca es pervertida,
¿El sentimiento alguna no tendrá?
El barro vil jamás, jamás perece,
Y aquello que lo alienta y embellece
¿Como sombra veloz se extinguirá?

¡Oh sí! *mundo invisible, yo te siento*:
Ropaje es tuyo el alto firmamento,
La montaña, y el céfiro, y la flor,

Y del mar las terribles armonías,
Y del ave las dulces melodías,
Y también las espinas del dolor.

.... Hay vidas que sólo en el poniente
Logran sentir en la tranquila mente
De lo infinito la visión veraz,
La fe surge después de ese idealismo,
Y en sus alas se cruza horrendo abismo,
Que el alma deja para siempre atrás.

Bajando el revuelto Magdalena el poeta recuerda el pasado tiempo y prorrumpe en voces de desilusión:

¿Y qué dejo yo atrás? Jirón de gloria,
Perturbación mortal de la conciencia,
Oro en la forma, al interior escoria,
De mutuo engaño la ominosa ciencia.

Los pensamientos que siguen son de su canto *Moisés*:

Puñal de Bruto no emancipa un pueblo;
Porque el tirano de los pueblos es
La triste noche que en su vida interna
Forma la ausencia de la aurora eterna,
No el que cautiva sus mundanos pies.

Valor común no expresa el heroísmo:
Lo tiene el tigre, Boves lo mostró.
Valor moral, abnegación, ejemplo,
Lo que hace al hombre de sí mismo templo,
Tal fue la savia que á Moisés creó ...

El despotismo es además ponzoña
Qué al hombre quita su virtud mejor,
Que es la conciencia de su real destino,
De ser en este mundo un peregrino,
Cuya fuerza motriz es el dolor.

Tan bien comprende el poeta la perfección que se alcanza con el sufrimiento, que en otra poesía suya (*De Viaje*) dice:

Las horas vuelan, y también los años,
Y muy pronto es presente el porvenir,
Y se disipan del dolor los daños,
Y de éstos vemos algún bien salir....

Dios es autor de todo lo que existe,
Y todo marcha á un preparado fin;

Por ÉL de luto el corazón se viste,
Y se adorna de flores el jardín.

Dios es grande y complejo aunque uno solo,
Y el que lo busca en todo lo hallará;
En la tierra, de un polo al otro polo;
En el cielo, doquier que el ojo va....

III

¡Conmovedora historia sin argumento que no se puede contar, pero que se debe sentir para no pasar por la tierra como los fuegos fatuos por las sepulturas!

Alfredo de Musset.—RAFAEL MONTORO.

Más bien que con nuestras palabras, con citas mismas de los versos del Doctor Núñez, hemos comprobado que hay tendencia moralizadora en su forma poética, y que su acento, bien que inspirado sólo en la verdad, no es el de loco desvarío, ni el de arrebato estéril y desilusionado.

Pero aún queremos perseguir, de modo más íntimo, en las artísticas labores de su numen, la huella del desarrollo moral del poeta.

Hombre superior, llamado como por ocultos destinos á verificar transformaciones sociales en su patria y á transmitir irremisiblemente su nombre á la posteridad; ardiente é insaciable en sus aspiraciones; luchando casi con rabia desconsoladora por hallar la verdad, ¡cuán difícil parecía poderle sugerir de improviso todo un mundo moral de ideas nuevas, que llevasen la calma á su espíritu; que hiciesen brotar, como de estéril árbol de amarga corteza, deleitoso néctar, fuente de vida y de grandezas llena!

Y, sin embargo, ese fue el milagro, digámoslo así, realizado en él á impulsos del sentimiento.

Es porque para hombres de la elevada visión intelectual de Núñez, sucumbir en dulce yugo es tan natural como la muerte que recibe el insecto cuando persigue alborozado la llama de luz artificial.

Y el cielo es el amor: una existencia
Refundida en dos seres destinados.

Pero si no hay mejor corona para el amante pecho que encontrar asilo en la ternura de otro sér que con uno vive en la alegría y sucumbe en el dolor, ¿qué horrible tortura no será la que se experimenta cuando hay de por medio una valla insalvable que, á modo de tiránica fuerza, se interpone para apartarnos del objeto amado?

Surge entonces la lucha, y para salir triunfante de ella se necesita valor moral aquilatado. Conservar intacta la ternura de afecto irresistible, librándolo de impuro contacto, es señaladísimo triunfo, y ver al fin coronados los deseos que encerraban todo un mundo de felicidad, que eran la más ardiente aspiración de toda una vida, debe de ser algo tan grande, que equivale como á nacer segunda vez á la existencia con inextinguible corona de luz.

Hé aquí cómo pinta el poeta su primer encuentro con la que eternamente debía ser la inspiradora de sus cantos. Nos habla de que, al acercarse por vez primera á ella, sintió bullir en el fondo de su alma algo como una celeste primavera, y añade:

Sentí que en adelante tu existencia
Jamás indiferente me sería,
Que ni el tiempo implacable, ni la ausencia,
Ni del deber austero la exigencia,
Lazo tan fuerte quebrantar podría....

El penúltimo verso citado nos revela que la pasión del poeta era desgraciada por temeraria; pero su corazón estaba yá en camino de engrandecerse, de purificarse:

Como la savia se despliega en flores,
Cual del mundo los íntimos calores
Cincelan nubes y propagan vientos,
De mi amor los profundos elementos
Cuerpo tomar pudieran y colores....

Cuando su espíritu descubrió la singular visión que, como mensajera misteriosa, debía guiarle á infinitas regiones, yá sabía, como por dolorosa experiencia, que:

Amor de los sentidos es precario,
Y tiene por reacción mórbido hastío.

Por eso en *Belleza, Llanto y Virtud*, una de sus más envidiables revelaciones, y tal vez el primer canto que consagró al objeto de sus ansias, procuraba mostrarse digno de ella, haciéndole comprender el respeto que le profesaba:

Oh! no te indigne la indiscreta lira
Que ha descubierto la secreta pira
Que tu ventura en germen consumió;
Ella sólo pretende consolarte,
Sin intentar siquiera desviarte
De la senda que el hado te trazó.

Pudiera haberle repetido también las sublimes palabras que le arrancó en París la tumba de la inmortal *Eloísa*:

Milagrosa mujer, corazón fuerte,
Fuerte más que los hados y la muerte,
No es mentido oropel, fúlgida escoria,
No es un himno falaz, incienso vano,
La ovación que consagro á tu memoria:
Es un tributo religioso, santo,
Un inmenso suspiro, un mar de llanto!

Leyendo tan ingenuo arranque, que expresa con suprema lucidez la grandeza y sublimidad del poeta, uno mismo como que se siente mejor y más digno de vivir. Esta es una condición resaltante en la poesía de Núñez: la de moralizar nuestro sér por medio del amor puro y noble. Que se nos cite entre los poetas nacionales quien le aventaje en tendencia moralizadora, en esfuerzo activo de la mente, en saber interpretar con más brío los ardores de una pasión inextinguible, más intensa cuanto parece que el hado funesto se había interpuesto entre *ella* y *él*:

Yo en pago de tu fe mi alma te ofrezco.

Necesito de ti, sin ti no vivo:
Eres mi agua, mi luz, eres mi pan,
Mi calor y mi aire; no concibo
La existencia sin ti, y ¡ay! cuanto escribo
Mostrarte quiere mi anheloso afán.

Eres el centro á do mi vida tiende;
Nadie podrá vencer esta pasión;
El dolor que te amarga, á mí me ofende;
Lejos de ti, mi mente nada entiende....
Dios hizo para ti mi corazón!



Quiero hablar, y tu nombre sólo digo;
 Quiero pensar, y sólo pienso en ti;
 Quiero moverme, y á buscarte sigo;
 Quiero dormir, y ¡ay! sueño contigo;
 Despierto, y siempre, siempre te hallo en mí.

Poco á poco tú has ido dominando
 Todo mi sér;
 Poco á poco lo has ido conquistando
 De tu amor con el mágico poder.

Poder inmenso, irresistible, santo
 Como el de un Dios;
 Poder que hace brotar flores del llanto,
 Que un alma deja donde estaban dos.

¿Cuánto tiempo duró el poeta viviendo lejos de su musa y consumiéndose en el letal misterio de la separación?:

Una década—y más—hace que llevo
 Este amor que es mi arrobo y mi agonía,
 En que algo superior extraño bebo,
 En que á un tiempo sucumbo y me renuevo,
 Y sin el cual vivir yá no podría....

Hasta dónde el suave influjo de tierna pasión supo llevar consuelo al alma atribulada del poeta, lo confiesan estas bellísimas estrofas:

¡Oh, amiga! yo te debo
 Lo que á la madre su hijo;
 Y aún más, que es más que vida
 Aquello que en ti hallé.
 Por eso, cual de hinojos
 Al pie de un crucifijo,
 Oyendo tus palabras
 En mi interior oré.

El tiempo vendrá pronto
 De una pasión más tierna;
 De sin igual constancia
 El galardón tendré:
 Y de esos dulces lazos
 La vida será eterna,
Que muerte no es posible
Donde brilló la fe.

No puede darse confesión más explícita de un renacimiento moral vigoroso por medio del amor.

IV

Dios mismo como que hubiera querido premiar la constancia y la fe del poeta. Su poesía *Ayer y Hoy* resume en inimitables tonos el principio y el fin de la historia de su alma:

Cuando por vez primera nuestros ojos
 Sus miradas cambiaron,
 No sé lo que sentir pudo tu seno;
 Mas las fibras del mío se agitaron
 Como la nube al estallar el trueno.
 En él se reflejaron
 Las formas de tu sér incomparable,
 Y, aunque todo en el mundo es tan inestable,
 Grabadas para siempre allí quedaron.

Entonces cual ninguna eras graciosa,
 Brillaba en tu semblante la alegría,
 Y el són de tu palabra bulliciosa
 La tristeza curaba al que la oía.
 Pero en mí la emoción que tú causabas
 No era lo que en los otros advertía,
 Pues poco á poco mi alma iluminabas
 Y tu vida á mi vida entrelazabas
 Con vínculo que Dios sólo veía.

¡Cuántas veces de ti cerca sentado,
 Cuántas veces sintiendo de tus ojos
 Los rayos esplendentes, extasiado
 Quedé en adoración indefinible!
 ¡Cuántas veces sintiendo el ansia horrible
 Del insomnio, lloré desesperado
 Al pensar que mi anhelo era imposible!

¡Cuántas veces ciñéndote en mis brazos
 En danza estrepitosa
 Quise decirte: "Hagamos que estos lazos
 De una éra vaporosa
 Se tornen en fusión eterna y santa!"
 Mas temiendo respuesta dolorosa,
 Nunca pasó la voz de mi garganta!

Y me aparté de ti sin saber cuándo
 Ni cómo y al olvido

Intenté relegarte; y no encontrando
 En mi andar vagaroso por el mundo
 Nada á ti parecido,
 De mí mismo perdíme en lo profundo
 Sin fe, sin ilusión y sin sosiego,
Juzgando inútil de mi amor el fuego.

Treinta años han corrido; y una mano
 Misteriosa y' potente,
 Fuerza que quise resistir en vano,
 Me trajo á respirar el mismo ambiente
 Que tú respiras, y te vi de nuevo!
 Y bella y joven para mí aún tú eres,
 Y en tu belleza inmarcesible bebo
 Lo que en balde busqué en otras mujeres,
 Bebo de amor el néctar perfumado
 Que regenera toda mi existencia,
 Que aliento da á mi corazón llagado,
 Claridad y vigor á mi conciencia,
 Que en gloria cambia el limbo de mi vida,
 Mi decadencia en juventud florida.

Tú sufriste también. En larga pena
 Nuestras almas errantes se agitaron,
 Almas que injustos hados condenaron
 A llevar sin delito una cadena.
 Vicisitudes mil forman la historia
 De tu vida de prueba y sacrificio,
 Que pretendo borrar de tu memoria
 Cambiando por mi abrazo tu cilicio.
 De tu pecho en el fondo yo he logrado
 Leer como en un libro, con el celo
 De una pasión que el tiempo ha respetado,
 Y en ese íntimo fondo realizado
Encontré el ideal que con anhelo
Buscando andaba sin hallarlo nunca;
Y ambos subimos, sin morir, al cielo,
 Y completamos nuestra vida trunca!

Al llegar aquí, al coronamiento de la dicha del poeta, se siente gozo indefinible. Su alma grande y poderosa para el bien, después de vacilante lucha, encontró, por último, complemento feliz de la suya. ¡Cómo negar que hay algo de providencial en la vida de este privilegiado vate, que ha sabido

llevar su nombre á los más recónditos confines de Colombia! Su obra poética deja saludable enseñanza: aparta la mente de lo ruin y perecedero; infunde aliento para la lucha; da consuelo á entristecido pecho con la aspiración inefable de lo eterno; ennoblece el sentimiento del amor puro y sin mancha, y, con la voz misma de la filosofía, nos señala la ancha puerta por donde se pasa de la tierra al cielo.

Resumiendo las impresiones que produce la lectura del libro de versos del Doctor Núñez, diremos que él es un poeta espiritualista de alto aliento; de originales y atrevidos pensamientos, depurados en el crisol de razonador análisis. Por eso las creaciones de su numen, al par que nos deleitan con el atractivo mágico de la inspiración, están llamadas á mejorar nuestra condición social, y en qué momento—cuando parece extinguida la fe en los corazones,—cuando se rebaja á la categoría del ridículo la purificante llama del amor immaculado!

Si nuestra sociedad degenera, es por falta de ideal. Ir á buscar éste lejos de la mujer, equivale á olvidar lo que ella ha sido para la humanidad en todos los tiempos. No se puede negar que otros bardos colombianos han arrancado á las cuerdas de su lira sonidos más bellos y halagüenos, más rítmicos y perfectos, pero ninguno podrá ser émulo de Núñez en la alteza y profundidad de pensamientos, en la visión clara y penetrante de lo grandioso y recóndito. El alcance de su poesía se comprueba por el hecho de haber logrado formar escuela, y de que, entre sus imitadores y discípulos, hay inteligencias no comunes.

¿Cuál será dentro de algunos años el juicio del público sobre este escritor? Es cosa que ni remotamente nos es dado prever.

Para nosotros, que hemos despertado á la vida intelectual oyendo su profético acento, nos parece como que su nombre y su gloria hubieran entrado yá en las regiones de la inmortalidad.

ISIDORO LAVERDE AMAYA.

EN ANTIOQUIA

Those who see what is needed, or at least the direction in which improvement may reasonably be sought, yet remain silent in the belief that it is no business of theirs, are as unintelligent as those who stupidly assent to what—without thinking—they suppose to be good for them and to be provided by those who know better than themselves; though often, when traced to their source, the measures in vogue are found to be of no better origin than the body itself who submits to them.

Foster—*The Morality of Happiness.*

Entre las hormigas, lo mismo que entre otros insectos, hay machos y hembras que vienen destinados únicamente á la propagación de la especie; se podría decir que nacen padres. Otros, encargados de señalar la vía segura para acarrear el sustento, para evitar el peligro, para amparar la existencia de sus hermanos; y éstos no están sometidos á las leyes de la reproducción. Estos trabajadores mentales y directores de su tribu, estas hormigas neurósicas, no son padres, porque tienen por hijos á todos los miembros de su especie, como cumple en otras esferas todavía más elevadas á toda paternidad intelectual, amplia, contemplativa y abstracta.

Tal vez no se pueda sostener por escala rigurosa y ascendente esta observación; se nos antoja, sin embargo, que algo semejante pasa en los seres humanos. A medida que la civilización avanza en las sociedades, la facultad reproductiva disminuye; y si es cierto que esto depende de causas variadas y complejas que no pueden tener demostración en un escrito de esta naturaleza, es lo cierto que entre éstas figura el consumo constante y desbocado de las potencias del alma, que trae necesariamente el desequilibrio entre las fuerzas intelectuales y físicas, con perjuicio manifiesto para estas últimas.

En sociedades rudimentarias como la nuéstra, donde la naturaleza no es ubre henchida de la que pueda salir el alimento en chorro fácil y continuo; en donde, al contrario, es bravía é infecunda en grano y en la que para arrancar el alimento en el empuje diario y tenaz de la vida hay necesidad de

hacer frente á todas las inclemencias de las estaciones irregulares y á la acumulación aterradora de todos los bichos de la zona tórrida, el hombre, en vez de ser un pensador sereno, de alma creadora y tranquila, es un gladiador que se bate con la tierra. Desciende á sus profundidades á buscar el oro codiciado ó va á plantar á las altas cumbres de sus montañas, donde el viento hace flotar después las espigas de la caña del maíz, bandera del antioqueño.

Y gente que así vive, piensa poco y se reproduce en proporciones alarmantes. Con decir que entre nosotros abunda mucho aquello que Mark Twain suplicaba á sus amigos que no pidiesen mientras tuvieran juicio (1). Vivimos en medio de un aire libre; con agna abundante y pura; sin necesidades espirituales y refractarios á toda innovación; hasta el arado traído aquí por los españoles, es todavía el que se usa en el valle mismo de la capital; en el laboreo de minas aún existe el tradicional paño de bayeta para recoger el oro; en escultura, en pintura, en música.... nada, ni una obra de arte; y en arquitectura, no tenemos más ideal que la "casita blanca" de que nos habló el poeta en un arranque hermosamente lírico. Estamos, pues, ni más ni menos que en ese triste período de que habla M. Taine (2), en que todavía no se ha abierto para el hombre la vida superior, la vida de la contemplación por la cual se interese en las causas permanentes y generadoras de que dependen él y sus semejantes; y en los caracteres dominantes y esenciales que rigen todo conjunto y que imprimen su huella hasta en los menores detalles. Nos faltan, pues, la ciencia y el arte que son las vías que el crítico señala para alcanzar este fin y hacia el cual apenas comenzamos á caminar lenta y trabajosamente. Con esto no queremos hacer cargos á nadie, señalamos únicamente un hecho.

Sólo en literatura ha habido algo. En tiempos de una generación que aún no ha muerto del todo, encontramos dos ó tres prosistas de estilo original, vigoroso y de sustancia. Los demás de esa época, apenas alcanzan el honor de una bien in-

(1) As long as you are in your righth mind, don't you ever pray for twins. Twins amount to a permanent riot.—M. Twain.—*Speech on the babies.*

(2) TAINÉ—*Philosophie de l'Art.*

tencionada *tentativa* que terminó en desgracia. Y por encima de todo, un gran poeta que traspasó los lindes de la provincia y fue un hirviente tropel de sentimientos purísimos y de golpes de inspiración perfectamente marcados.

De allá aquí, no ha habido cadena literaria; los verdaderos escritores aparecen como eslabones raros y sueltos; y el estudio retrospectivo apenas nos da idea de que el arte ha sido ocasional y epiléptico.

Actualmente nadie escribe en Antioquia, y los pocos que se deciden, van á buscar hospitalidad en periódicos editados en la capital de la República. Ni una revista literaria, ni siquiera una hoja periódica de ensayo. ¿Se habrá hecho más difícil la vida? ¿Habrá en esta sociedad carencia absoluta de *cañas pensantes*, como diría Pascal? La razón está en que el número de lectores, por razones explicables, no es bastante para que el periodismo pueda ser una industria entre nosotros; y el fracaso continuo de las empresas periódicas mantiene enfrenado, ante esta perspectiva, aun al más idealista de los antioqueños.

Vendrán, sin embargo, días mejores, y éstos serán aquellos en que la juventud, que es la savia de los pueblos, tenga el valor de hacer frente á todas las preocupaciones y rompa la rutina que enerva, é inculque en las masas un criterio más amplio. El esfuerzo material vendrá á ser menor; la existencia menos afanosa y más espiritual, más moderna. ¡Y habrá humo de carbón de piedra, calor de humanidad, vida! Y tras esto aparecerá la señal más clara de la cultura: la crítica.

¡Hermoso futuro aquél en que la obra de arte aparezca! La crítica señalará entonces los derroteros, corregirá las notas falsas, las tendencias exóticas que puedan surgir contrarias al medio ambiente; ó llevará al altar del triunfo con todos los honores y sirviéndole de heraldo, al verdadero artista. Porque la crítica no es lo que algunos espíritus superficiales se imaginan. En ella no hay ni puede haber odio; hay amor, hay justicia. ¿Podría la inicua musa del odio inspirar á Menéndez y Pelayo al juzgar la obra artística de Blanco ó de Castelar; á Brunetière, al fustigar á Richepin; á Hawthorne, cuando se lanza enérgicamente contra Howells; ó á Macaulay, el más reposado, cuando toca en los límites de la rudeza en alguno de sus juicios? Nó. Es que en crítica, como la justicia misma lo indica, hay tiempos de ensalzar y tiempos de echar á los traficantes del Templo.

EDUARDO ZULETA.

Medellín, Septiembre de 1890.

CARTA DE ULTRAMAR

Señor D. Isidoro Laverde Amaya.

Alcalá de Guadaira, 26 de Julio de 1890.

Mi muy querido y buen amigo:

He recibido con su gratísima del 31 de Mayo el primer número de su amena é interesante REVISTA LITERARIA, que he leído con la más completa satisfacción, tanto por ser un recuerdo de su amistad nunca desmentida, cuanto por los bellos artículos que en ella se insertan.

En el de *El Canal de Panamá*, nuestro común y respetable amigo D. Salvador Camacho Roldán da á conocer aquella gigantesca obra, y discurre sobre ella con tal acierto y con tal copia de datos, que el lector puede formar una idea clara así del conjunto como de sus detalles. Bien deja conocer nuestro amigo que es el estadista serio, el observador concienzudo, familiarizado con las grandes ideas y con las dificultades del cálculo. Yo, que visité las obras del Canal en 1884, le aseguro á usted que no lo había comprendido bien en muchos aspectos, hasta después de leído el interesante artículo de su REVISTA.

El retrato literario del señor Caicedo Rojas, debido al señor Sanín Cano, está hecho de mano maestra y perfectamente estudiado, así en el hombre como en los productos de su ingenio, en los cuales destella la bondad de su carácter y la idiosincrasia de sus gustos y sus aficiones.

En *La Mujer Española* se revela la señora Acosta de Samper, sin abandonar la delicadeza femenil con que trata todos los asuntos, una especie de investigador á lo Mesonero Romanos. Digna hija de un historiador notable y no menos digna esposa de un escritor fecundísimo, su fisonomía literaria participa de la enérgica virilidad debida á la herencia y al trato íntimo, y conserva siempre los rasgos más bellos y los detalles especiales con que la mujer y sólo la mujer esmalta sus obras.

La poesía del señor Merchán á su hijo es bella, muy sentida, castiza y vigorosa. La de Jorge Isaacs, profunda; entre

su sombra hay mucha luz y mucho acíbar en su fondo. ¡Quizás tiene razón!

¡Ay, amigo Laverde, cómo me rejuvenece y me encanta todo lo que procede de esa tierra! Me parece que oigo y veo á esos amigos que hablan ó de quienes se habla en su REVISTA (1); me acuerdo de las poéticas excursiones que hice por todo ese país, y siento la nostalgia de nuestras reuniones en Bogotá, de los valles profundos, calorosos y alegres, de las elevadas montañas con sus nevadas cumbres, y de las solitarias selvas, pobladas por indígenas, donde estudié más de una vez al hombre de la naturaleza. Pero los años no pasan en balde, y me contentaré con los recuerdos.

Me honra usted mucho invitándome á colaborar en su REVISTA, y me pide algunas páginas de mis *Impresiones de viaje*, todavía inéditas por mi incuria, debida más que todo al mal estado de mi salud. Accedo gustoso, y le remito á continuación las cuartillas que comprenden desde mi salida de Madrid, hasta el momento de embarcarme en Cádiz.

Mi viaje, emprendido en 1870, tuvo por objeto principal una comisión altamente honrosa, que me fue confiada por el Gobierno, para estrechar más las relaciones que yá nos unían con nuestras antiguas colonias; para borrar, principalmente en esa República, las impresiones desagradables que dejó la guerra de la Independencia, y llegar pronto á una inteligencia cordial entre ambos pueblos, estableciendo anchas corrientes de simpatías.

Las que usted y mis numerosos amigos de Colombia me han dispensado, y las que yo profeso á ese país, pregonan la lealtad con que supimos entendernos.

Hoy felizmente unen á las dos naciones vínculos fraternales; y con los documentos que en mi poder obran, demostraré algún día que algo se debe á mi humilde trabajo en esa obra de reconciliación, cuyo mérito se atribuyen quizás los que encontraron el camino yá desbrozado y sin espinas, para llegar sin dificultad al término de la jornada.

Quedo de usted amigo afectísimo,

J. M. GUTIÉRREZ DE ALBA.

(1) Ruego á usted que á todos estreche la mano en mi nombre.

PÁGINAS DE MI DIARIO (1)

Madrid, 6 de Enero de 1870.

Tan luego como el Gobierno aprobó mi proyecto y me dio las instrucciones que creyó oportunas para el mejor éxito de mis gestiones, empecé á hacer los preparativos de viaje, que emprendí el 6 en la noche.

Era preciso detenerme algunos días en Sevilla para dar un abrazo, antes de partir, á mi anciana madre y á mis hermanos, y decidí embarcarme en Cádiz el 15 de Enero.

La aurora del día 7 nos sorprendió en Despeñaperros.

Al entrar en Andalucía, al frío intenso de las llanuras de la Mancha sucedió la brisa primaveral de las regiones meridionales. La dicha yá próxima de abrazar á mi madre y á mis hermanos, y el aura del país natal, que es siempre un alivio en las más crueles amarguras, me llenaron de alegría, aunque pasajera.

Aquella tarde cruzábamos yá la espaciosa vega, desde la cual se ve á Carmona, población morisca, que se levanta en el pico de un cerro, dominando la fértil llanura salpicada de alegres cortijos, inmensos olivares y risueñas huertas de naranjos y limoneros. A la derecha la Sierra Morena, poblada de blancos caseríos, desde Córdoba, la opulenta ciudad de los Califas, hasta Constantina y Cantillana, donde se desvía hacia el poniente, para sepultarse en el mar, al pie de la Rábida, de donde partió Colón en su primer viaje, y se pierde hacia el Sur, entre las feraces colinas que ciñeron un tiempo la famosa Itálica, y que hoy rodean los débiles muros de la reina del Guadalquivir, la poética y encantadora Sevilla.

Antes de llegar á esta ciudad, y sin dejar la margen del caudaloso río, divisámos á la izquierda, algo velados por la bruma de la tarde, los ennegrecidos torreones del castillo de Alcalá de Guadaira, mi querido pueblo natal, donde reposan los restos venerados de mi padre y de mis abuelos.

Al llegar á Sevilla tuve el gusto de abrazar á mis hermanos, que me esperaban. Mañana abrazaré á mi madre.

(1) Inéditas

Sábado 8 de Enero.

Me he levantado temprano, y mi primer diligencia ha sido enviar á buscar un carruaje, que me lleve con la mayor rapidez posible á los brazos de mi madre y de mis hermanas, y á recibir las caricias de mis veinte sobrinos, muchos de los cuales han venido al mundo después de mi última visita al hogar paterno.

La mañana estaba fría y lluviosa, y sin embargo me encaramé en el pescante del coche, y preferí mojarme, viendo á un lado y otro del camino los mil objetos que me recordaban mis primeros años, á privarme de este placer por ir encajonado y cómodo, y evitarme aquella leve molestia.

Al salir de Sevilla se ve á la derecha el antiguo acueducto, llamado sin razón *Los Caños de Carmona*; más adelante la Cruz del Campo, sitio delicioso, desde el cual se domina gran parte de la ciudad, y al que en mis paseos estudiantiles solía dar muchas veces la preferencia, porque desde allí se divisa también el viejo castillo moro (1), que parece proteger con su venerable sombra los lares de mi familia, desde remotas generaciones.

Más adelante Torreblanca, ayer caserío solitario y hoy población risueña, donde la vida industrial cambia el silencio triste en alegría bulliciosa. Al frente las colinas y cerros poblados de olivares, y al pie del castillo el modesto Guadaira con sus huertas y sus molinos harineros, cuyas poéticas cascadas despiertan con su ruido melancólico los ecos de los valles. ¡Ah! ¡Cómo me palpitaba el corazón á la vista de cada uno de aquellos objetos! ¡Cuántos recuerdos de la niñez evocaban en mi espíritu!

Entré por fin en el pueblo. Los conocidos me saludaban, dándome afectuosos la bienvenida, y los amigos detenían el carruaje para estrecharme la mano. Llegados á la casa de mi madre, bajé de un salto, y de otro me encontré en el umbral, donde sus brazos me recibieron y sus lágrimas humedecieron mis mejillas. Sin separar uno de mis brazos de su cuello, y extendiendo el otro hacia mis hermanas y sobrinos que me rodeaban, y seguidos de un grupo numeroso de amigos, penetrá-

(1) Remito á usted una vista fotográfica, por si quiere hacerla grabar ó litografiar.

mos en el hogar, donde todos me dirigían mil preguntas sin aguardar ninguna respuesta, pero todos expresaban un sentimiento de cariñosa ternura, que conmovía profundamente mi corazón, y me recordaban los dichosos tiempos en que, niño aún, recibía las mismas pruebas de afecto en las épocas de vacaciones. Aquel día fue consagrado todo á esas dulces emociones que dejan en el alma un recuerdo indeleble y que son como un oasis de felicidad en el penoso desierto de la vida.

—
Domingo 9 de Enero.

Aunque cansado del viaje, me levanté temprano y fui á oír misa á la parroquia que frecuentaba en mi niñez; donde recibí el agua del bautismo; donde mis padres se desposaron; donde habían resonado las preces mortuorias por mi padre y por mis abuelos. Allí estaban las mismas imágenes, ante las cuales había rezado de rodillas mis primeras oraciones, cuando aún no comprendía el significado de sus palabras; allí estaba el magnífico cuadro de Pacheco que representa á San Sebastián enfermo, á quien ofrece una mujer una taza de caldo; allí el órgano llenando los ámbitos del templo con las mismas religiosas melodías; las mismas nubes de incienso, cuyo aroma embalsamaba el espacio. Sólo una cosa era distinta: la concurrencia que se hallaba á mi rededor, compuesta de robustos jóvenes á quienes yo había dejado niños, y de ancianos á quienes había visto por la última vez en la plenitud de su virilidad ó cuando empezaba apenas á blanquear su cabello. Todos me miraban con curiosidad é interés, todos me saludaban con una sonrisa de benevolencia.

Al salir del templo fuimos á pasear á un hermoso jardín de un hermano de mi madre, ilustrado y modesto sacerdote á quien todos consideran y estiman.

Desde aquel jardín nos dirigimos en numeroso grupo al otro lado del pueblo, donde se ve, desde la cumbre de un cerro escarpado, un bellissimo paisaje, que acaso no tiene igual en el mundo. Llámase este sitio *Las Piedras del Algarrobo*, y corre á sus pies, á una gran profundidad, y formando un ángulo casi recto cuyo vértice ocupábamos, el cristalino río en cuyas ondas tantas veces me he bañado.

Los molinos y huertas de sus riberas; los extensos pinares que cubren las opuestas colinas; las fuentes murmuradoras, que

por todas partes bajan á aumentar su corriente, hacen de aquel lugar un verdadero paraíso. Desde la altura descubríase al Oriente la dehesa, donde, al lado de mi padre, hice mis primeros ensayos en la caza. Al Norte la cueva profunda de donde brota en raudal copioso un arroyo purísimo que, desde el tiempo de los Romanos ó de los Arabes, corre hasta Sevilla por un admirable conducto subterráneo de más de dos leguas de extensión, y á veces de una profundidad asombrosa; más allá nuestra casa de campo, rodeada de vides y olivos, donde tanto disfrutaba en las épocas de la vendimia. Allí estaba el viejo alero del tejado, donde fabricaba su nido y criaba sus polluelos la confiada y sociable golondrina, amiga inseparable del hogar, y habitante de aquellas regiones desde la Primavera hasta el Otoño. Al Oeste el ruinoso castillo, donde se eleva un templo á la Virgen del Aguila, patrona del lugar, y donde parece que vagan aún las augustas sombras del desgraciado Ajataf, último rey de Sevilla, y de su hija la infortunada princesa Alguadaira, que enjugó su amargo llanto y le acompañó en los momentos de abandonar toda su grandeza. Antes del castillo, entre dos collados pedregosos cubiertos de olivares, y al pie de la carretera que une á Madrid con Sevilla y Cádiz, se ve en toda su extensión el valle que se extiende de Norte á Sur, donde sonrío mi alegre y querido pueblo natal, con sus casitas blancas y sus balcones y azoteas llenos de flores. Desde aquella altura se descubre perfectamente la casa en que nací y hasta el fondo de la alcoba donde se hallaba entonces el lecho de mi madre. En la cumbre del opuesto cerro, y dominadas por una cruz, se alzan las paredes del humilde cementerio donde reposan mis antepasados. ¡Ah! todos aquellos lugares eran para mí inagotables fuentes de recuerdos interesantísimos; en ellos estaban compendiados los goces de mi niñez, los placeres de mi edad adulta, los objetos de mi veneración presente y las aspiraciones para los últimos años de mi vida.

Martes 11 de Enero.

De vuelta á Sevilla, han venido á visitarme algunos amigos de la infancia y compañeros de estudios, que en tanto tiempo no me habían olvidado. De los que empezaron conmigo las penosas tareas literarias, en que dimos á conocer nuestros nombres, sólo quedan algunos en la ciudad; los demás han

muerto ó se encuentran á larga distancia del punto en que brotaron juntas nuestras primeras ilusiones. Sevilla conserva para mí el poético encanto de los recuerdos de la adolescencia; aquí palpité por primera vez mi corazón, conmovido por sus virginales emociones; aquí aspiré la fragancia de las primeras flores que ofrece á la juventud el jardín frondoso de la primavera de la vida. Esas flores, agostadas por el tiempo, no han perdido completamente su aroma; el alma conserva en sus recuerdos la esencia purísima de aquel perfume, y le consagra un suspiro ó una lágrima, como se tributa á la memoria de un sér querido que nos ha arrebatado la muerte.

—
Miércoles 12 de Enero.

He salido á despedirme de los monumentos de la ciudad, que visitaba otras veces con entusiasmo, y de los cuales no quiero alejarme sin decirles ¡adiós! como antiguos y buenos amigos. Ha sido el primero la catedral, esa maravilla gótica donde no se penetra nunca sin sentir en el alma la profunda emoción que produce el sentimiento religioso, ante la idea del Cristianismo traducida en piedra por una generación creyente y piadosa.

He recorrido después el Alcázar de los reyes moros, hábilmente restaurado, y sus caprichosos jardines, donde la vegetación duerme aún el sueño letárgico del invierno. Desde allí me he trasladado á la Torre del Oro y á los encantadores jardines de las orillas del Guadalquivir, donde el invierno helado no ha podido marchitar todas las flores; donde hay algunos troncos grabados por mi mano con caracteres que recuerdan nombres y fechas inolvidables. He pasado luégo al original y poético barrio de Triana, donde existe el tipo andaluz en toda su pureza. Desde su calle de San Jacinto he visto elevado sobre la vega, como una atalaya, el cerro de Santa Brígida, cerca del cual está el pueblecito de Castilleja, y en él la modesta casa donde Hernán Cortés, el conquistador de México y uno de los héroes más grandes que han producido los siglos, acabó modesta y pobremente su inmensa carrera de gloria, abandonado de los poderosos, siempre ruines y siempre ingratos.

Mañana abandonaré estos muros, edificados por Julio César y reconquistados por San Fernando, cuyas venerables reliquias se conservan aún en la catedral como una egida pro-

tectora. Aquí resonaron los armoniosos acentos de las liras sublimes, inspiradas por las béticas musas; aquí los grandes maestros del arte pictórico demostraron cómo el genio puede comprender, reproducir y embellecer la naturaleza y hasta apoderarse de las más sublimes ideas abstractas para ponerlas al alcance de los sentidos.

Jueves 13 de Enero.

Salgo de Sevilla á la caída de la tarde. A los primeros rayos de la aurora atravesámos la lengua de tierra que une con el continente la bella isla Gaditana. La estación del ferrocarril se alza sobre una explanada extensa, arrebatada por la industria del hombre á los dominios del Océano. A las siete entrámos en la ciudad.

Viernes 14 de Enero.

Después de hacer los últimos preparativos para mi viaje, y de recorrer entre la niebla los bellos jardines, que adornan algunas plazas, y que vegetan sobre los restos de crustáceos y conchas marinas, he tomado pasaje en el vapor *Canarias* que se balancea en medio de la bahía, flotando al viento sus airosos gallardetes. A lo lejos cruzan el piélago espumoso las hinchadas velas; elévanse hasta las nubes densas columnas de humo, vomitadas por los vapores en su rápido movimiento; el marinero canta, dulcemente reclinado sobre la popa de su barquilla, al compás del estridente rumor producido por los carros que cruzan el muelle y las olas que se estrellan contra la muralla. Todo es aquí animación y vida y movimiento; más allá el silencio perdurable, turbado apenas por las ondas que se rizan y caen unas sobre otras, formando espumosas cascadas que mueren y se reproducen incesantemente.

Sábado 15 de Enero.

Salímos de Cádiz á las once de la mañana con una niebla espesa, que casi no nos permitía ver el vapor desde el bote que hacia él nos conducía. Media hora después llegámos á bordo. El número de pasajeros era corto: varios oficiales para el ejército de Cuba, algunos empleados y como unos cincuenta voluntarios, que ahogaban en vino el dolor de abandonar la patria y la familia. Entre tanto, los marineros se consagraban alegres á sus faenas habituales, sin dar importancia alguna á los peligros de su profesión, y considerándose allí en su propio elemento.

El vapor *Canarias* es un buque de unas 2,000 toneladas, de medianas condiciones marineras, pero de una gran solidez en su casco. Después de elegir mi camarote y hacer conducir á él la parte más precisa de mi equipaje, subí sobre cubierta, donde los pasajeros se paseaban, pintada en su semblante la sensación que en cada uno de ellos producía la partida. Yo, entre tanto, dirigía mi vista hacia el Norte, dando con el pensamiento el último adiós á los seres queridos de mi alma. La confusión del trasbordo de equipajes duró hasta la una próximamente, en que sonó el estampido del primer cañonazo de leva, que hizo estremecer todos los corazones. El humo de las chimeneas subía cada vez más denso, á medida que se aumentaba el combustible; el capitán y el segundo se agitaban de un lado á otro, dando las órdenes de mando, que sus subalternos ejecutaban; el segundo cañonazo de leva resonó en los aires; levadas las anclas, el buque empezó á moverse á impulso de las olas, y al sonar el tercero, su hélice empezó á girar sobre sí misma y el *Canarias* hizo rumbo al Occidente.

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA.

LA FABULA EN LA HISTORIA

(CONCLUSIÓN)

Una de las primeras aplicaciones del fuego debía ser mejorar la forma y condiciones del alimento humano: por eso Epitemio, conociendo que era preferible asar la carne y cocer los granos y hortalizas á comer crudas estas sustancias, como se estilaba, puso, en Frigia, las bases al arte culinario. Mas los creófagos y fitófagos de su tiempo clamaron contra esta violación del sagrado régimen prescrito por la deidad suprema, y se vengaron haciendo que aquel infeliz sufriera las perennes torturas contenidas en el vaso fatídico de Pandora. Se le acusó de robar la ambrosía del Olimpo, pues la preparación de los manjares era atributo divino; y en castigo se autorizó á su mujer, á esa misma Pandora, para atormentarlo de mil modos; de aquí viene el mito de la caja depositaria de todos los males, en cuyo fondo apenas restaba la esperanza; único bien que á Epitemio le dejaron los mismos que vieron, en esta mejora de la nutrición, una cosa digna de alabanza.

Hemos dicho que aquellas gentes crédulas é ignorantes bebían en las corrientes de agua á la manera de las bestias; más tarde aparece Tántalo, en la comarca de Lidia, é inventa un recipiente de vegetal ó de greda para extraer y conservar el agua. Nada se le objeta de pronto por hallarse aquel elemento en la naturaleza; pero se le ocurre después mezclar al líquido el jugo fermentado de frutas, y basta que lo veifique para ser en el acto acriminado de arrebatarse el néctar de los dioses. Se le declara reo de uno de los mayores atentados; así los sacerdotes lo condenan á morir de hambre y de sed, poniéndole el licor hasta cerca de los labios y retirándoselo á tiempo de pretender tocarlo. Lo raro de este episodio es que los verdugos de Tántalo hallaron útil y sabrosa su combinación, primer ensayo de las bebidas fermentadas, y para cohonestar el caso forjaron el mito del atrevido rapto de Ganimedes.

No obstante la abundancia de ríos y de arroyos, no todos los mortales podían optar á sus beneficios, por existir regiones áridas, como algunas de Fenicia, donde la distancia de aquellas aguas corrientes hacía padecer mucho á los hombres que por allí moraban. Fue entonces cuando Danao, observando por la configuración de los terrenos que debía de haber manantiales subterráneos, hizo, con ayuda de sus hijas, una excavación de donde brotó una vertiente de agua virgen, límpida y retozona. Tal fue el principio de los pozos, de las cisternas y de los aljibes; pero á pesar de la utilidad patente de este descubrimiento, los habitantes de esos mismos parajes tórridos que tanto lo necesitaban, condenaron al padre y á las hijas á sacar incesantemente agua de sus pozos en toneles sin fondo. Sobre el suceso referido estriba el mito de las Danaides.

Así el estado de pura naturaleza en que vivieron los pueblos primitivos, sólo les permitía considerar como regla inviolable de existencia su condición sensible, es decir, la ignorancia que se detiene ante la acción inmediata de las cosas. Empero, cuando apareció Viassa en el Indostán, y significó á sus compañeros de barbarie que él no estaba satisfecho de las simples revelaciones de los sentidos, sino que buscaba la verdad (acerca del bien y del mal) en otra clase más elevada de conocimientos, todos juzgaron como escándalo y delito esta intuición primaria de la ciencia, que creían no estaba reservada la mente de los mortales.

En efecto, el robo del fuego, de la ambrosía, del néctar y del agua, hecho á la divinidad, era menos atroz, porque no violaba sino el orden material; mientras que el de la ciencia recaía sobre el ideal que era y debía ser el patrimonio de los dioses. Tan grave se estimó este pecado, que el culpable de su ejecución fue maldito en todas sus generaciones por los tiránicos patriarcas de los hindus; y si no escapa al Asia menor, como tuvo la fortuna de hacerlo, habría sido hórrido combustible de una pira yá preparada, y sus cenizas esparcidas al viento. A Viassa tocó, pues, marcar el pasaje de la esfera inferior á la superior del espíritu, y por eso la punición de su supuesto crimen no lo abrazaba solamente á él, sino que se hizo extensiva hasta su más apartada descendencia.

Al par del orden natural y del intelectual, el orden vital no podía tampoco quebrantarse sin hacerse reo, el transgresor, de irrespeto á la persona, obra intangible de un poder sobrenatural y misterioso, del cual se hacía depender el goce y la duración de la salud, puesto que la enfermedad se consideraba como una inflixión divina. Así, aquellos gentiles que no tenían escrúpulo en matar á sus semejantes, por interés ó por discordia, ó en las frecuentes guerras de su época, no se atrevían á curar al hombre enfermo por ser esta una privativa misión del grande espíritu, y se limitaban á invocarlo por medio de los sacerdotes, los adivinos y los hechiceros.

Sin embargo, como la ciencia había nacido y se desarrollaba á despecho de la persecución citada antes, yá Asclepio, estudiando las propiedades de algunas plantas, se presentaba en Grecia, en tiempo de peste ó en casos de enfermedades esporádicas, á ensayar el arte curativo. Mas como éste, según la creencia pagana, pertenecía en las epidemias al dios supremo, y en las demás dolencias al dios especial de cada una de ellas, los testigos del buen éxito de Asclepio en la sanidad de sus pacientes, quedaron espantados de su sacrílega osadía, y juntamente con los ingratos que le debían la vida, lo acusaron por esta profanación de los atributos olímpicos, feliz desconocimiento de la sagrada ignorancia primitiva.

El amenazado médico, por una evolución clandestina, huyó hacia Egipto, y habiendo, por casualidad, caído un rayo á la puerta de la morada que abandonaba al fugarse, divul-

góse el mito de que en expiación de su temeridad, Júpiter lo había fulminado y reducido á polvo. Mientras tanto sus bárbaros compatriotas seguían mirando el desarreglo de los órganos vitales y de las funciones de ellos, como cosas dependientes de extraña voluntad omnímota, sin que criatura humana pudiese intervenir en el misterio de vigoría y destrucción que media entre la potencia de la vida y el desfallecimiento de la muerte.

Empero, el sabio Asclepio, mediante sus relaciones con Kirón, semidiós que tenía á su cargo las plantas salutíferas, y con la adivina Corónides, que sanaba por magia de conjuros, retornó á Atenas, donde se hizo reconocer con el nombre de Esculapio, diciéndose hijo de Apolo, y llevando consigo á su consorte Epione, la diosa de la clínica, y á sus dos hijas: Higiea, la diosa de la salud, y Panacea, la diosa de la terapéutica y de la farmacia. Con este motivo llegó á ser objeto de veneración: se le erigieron templos, se le simularon milagros, y los enfermos curados por su ciencia iban en devoto peregrinaje á rendirle el tributo de su agradecimiento con dones más ó menos preciosos, que representaban los miembros de su cuerpo sanados por aquel ínclito padre de la medicina.

También la justicia y el método de estatuírla se creyeron obras excelsas de los seres que regían el ánima del mundo: por eso cuando en la isla de Creta subió Minos al trono y estableció sabias leyes, con preceptos para invocarlas y hacerlas efectivas, se le rebelaron los súbditos, motejándolo de usurpar un poder célico que no podía entrar nunca en el dominio de los hombres. El atacado rey, sin embargo de que triunfó en la liza con la ayuda de los dorios, no se escapó, mas luégo, de la venganza de sus enemigos, quienes, por medio de Pasifae, indigna esposa de aquel soberano, le hicieron sufrir las más innobles é inauditas afrentas.

A pesar de todo, la eficacia y distribución de la justicia, con la defensa de derechos y condenación de crímenes, no fueron yá patrimonio inescrutable de Temis y de Astrea. Tan hábil fue el gobierno de Minos, que la mitología griega asigna á este legislador el magisterio de juez, en ultratumba, para las almas que, conforme al parecer vulgar de la época, aguardaban, á la entrada del Tártaro, el fallo irremisible sobre la calificación de sus acciones.

En lo que hemos mencionado hasta ahora había quebrantamiento de los fueros olímpicos; pero el monte Parnaso permanecía incólume con sus apolíneas musas que cultivaban la poesía, el canto, la música, el drama, el baile, la historia, la retórica y la astronomía. Todas estas artes eran sagradas, y de ellas no se tenía participación en la tierra sino cuando por el descenso de Apolo ú otra divinidad se transmitía á los semidioses y héroes alguno de sus melódicos ó sorprendentes encantos.

Hubo, sin embargo, un genio que estudiando la esencia de los sonidos en los céfiros, en las fuentes, en las procelas y en las aves, llegase á inventar el *ritmo*, y por medio de éste, la música, el canto y la poesía. Tal fue Orfeo, natural de Tracia y amante apasionado de Eurídice, su linda esposa, á quien dedicó la lira, el primer instrumento músico conocido, obra de su fecundísimo ingenio, y que hasta hoy sirve de símbolo á la inspiración poética y al estro de los cantares. Con dicho instrumento y la cadencia de una voz ejercitada en la imitación de la naturaleza, Orfeo atrajo hacia sí las multitudes, las cuales le atribuían el milagro, no sólo de cautivar á los hombres, sino de domar á las fieras y seducir á las serpientes.

Pero el robo de la melodía délfica no podía quedar sin escarmiento, y el popular vate lo tuvo en ver que las émulas de su amada hicieran perecer á ésta poniéndola en contacto con una de esas víboras que fingidamente se aletargaban con los acordes de la lira. Aquél, desesperado, se alejó de su país, tomando puesto en la expedición de los argonautas, y de regreso fue degollado por esas mismas mujeres que causaron la muerte de Eurídice, llevadas entonces por el vil sentimiento de la envidia y ahora por el torpe anhelo de una concupiscencia desechada.

Todos estos sucesos naturales fueron revestidos, por la fábula, de circunstancias absurdas, como la bajada de Orfeo á las regiones infernales, según lo refieren los mitólogos y lo reza una viejísima quarteta española, que dice:

Al infierno el tracio Orfeo
Su mujer bajó á buscar,
Que no pudo á peor lugar
Llevarle su mal deseo.

Prescindimos de mencionar otros notables mitos, como el de Sísifo, quien por haber instituído los juegos ístmicos de fuerza y de destreza, no revelados aún por los dioses á los habitantes de Corinto, se le supone condenado á hacer rodar constantemente un peñasco sobre una montaña, sin poder detenerlo; el de Aracna, punida atrozmente por Minerva, sólo por haber inventado las artes de los hilados y de los tejidos, y así sucesivamente otros muy raros; porque bastan los ejemplos anteriores para descubrir el significado real de la fábula como preludio embrionario de la Historia.

Del tiempo en que la lira órfica fue arrojada á las ondas de Lesbos por las vengativas manos que asesinaron al que primero la pulsó en el mundo, faltaba apenas un siglo para la memorable guerra de Troya; siglo en que los acontecimientos empezaban á observarse con menos superstición y más racional criterio. El famoso *Ruit Illium* señaló acaso la postrimería de la edad prehistórica; y aunque las doctrinas y relaciones mitológicas continuaron imperando posteriormente en una vasta extensión del mundo antiguo, lo cierto es que los semidioses cedieron el paso á los héroes y éstos á los simples humanos.

Poco después, cuando las sociedades adquieren la conciencia de su sér, van paulatinamente separándose del ciego fatalismo, y procurando educar la razón de sus individuos en las nociones filosóficas, hasta llegar, por larguísima labor intelectual, al conocimiento del Dios único, fuente de verdad y prototipo de sabiduría. A favor de las ficciones que constituyeron el estado social y religioso de remotísimos tiempos, sólo queda lo que hemos podido entresacar de sus vagas cuanto dramáticas tradiciones; las cuales, en suma, dejan vislumbrar un albor tenue, pero expansivo, en las conquistas de la inteligencia al través de hechos reales revestidos con el fantástico ropaje de la alegoría.

PRÓSPERO PEREIRA GAMBA.

NOTICIAS LITERARIAS

DE LOS ESTADOS UNIDOS

Quien escriba hoy un libro popular en los Estados Unidos, puede ganar una fortuna en razón del gran número de lectores que alcanzará. Sin contar la India, la Gran Bretaña tiene 35

millones de habitantes, Francia 38, Alemania 46 y Rusia 103 millones; pero la mayoría de los rusos no sabe leer. Según los últimos informes acerca del censo que se está levantando ahora en los Estados Unidos, el número de sus habitantes alcanzará á 70 millones. Del periódico *The World*, de Nueva York, se venden diariamente más de 300,000 ejemplares; la revista mensual *Century* tiene casi igual número de suscriptores, y recibe cada año 9,000 manuscritos, de los cuales puede publicar solamente 400. El redactor de éste (Richard Watson Gilder, poeta) pagó \$ 10,000 al General Grant por dos artículos. Las *Memorias* de aquel distinguido soldado, que se creía incapaz de escribir, pero resolvió ensayarlo después de la gran quiebra de Ward y Ca., en la cual perdió su fortuna, han producido más de un millón de pesos. Están escritas en un estilo tan sencillo, que se parecen á los libros hechos enteramente de palabras de una sola sílaba, principalmente, por supuesto, anglosajonas que, cortas y bruscas como son, constituyen la esencia del inglés.

Con el aumento de población el número de lectores y el espíritu literario han crecido notablemente; pero creo que el país de Emerson y de Longfellow no necesita disculpa con los que saben la filosofía del uno ó han leído las poesías del otro. De que el pueblo se conmueve con lo que lee, tenemos muchos ejemplos. Casi todo cisma ó movimiento religioso se ha originado así. Hace poco que Edward Bellamy escribió una novela titulada *Looking Backward*, que quiere decir *Mirando atrás*. En circunstancias especiales un joven duerme hasta el año 2,000, y al despertar encuentra al mundo tan reformado, que no lo conoce. Lo que ve, comparado con lo que recuerda del siglo XIX, forma la base de dicha novela; y ahora se nos dice que un gran número de vecinos de la ciudad de Des Moines, en el Estado de Iowa, han emigrado á Louisiana, donde han formado una colonia cerca del lago Charles, punto bellísimo en donde se proponen vivir la vida ideal y probar tal vez las locuras del sueño de Bellamy.

Ultimamente ha habido un acontecimiento literario algo curioso en los Estados Unidos. El Administrador General de Correos de aquel país es el señor John Wanamaker, millonario de Filadelfia, donde hizo su fortuna como comerciante. Un tal señor Sexton, dueño de una gran fábrica de estufas, es el Administrador de Correos en la ciudad de Chicago, y ha indicado á su jefe que se debe prohibir el transporte por el correo de la última novela del célebre autor ruso, Lyof Tolstoï, por ser inmoral. Dicha novela se titula *Kreutzer Sonata*. El héroe es un hombre de exquisita sensibilidad, intensamente apasionado y excesiva-

mente celoso. Además, como tipo raro, es un libertino culto y educado, es decir, se ha desarrollado tanto la parte estética como la sensual de su naturaleza. A los treinta años se casa con una mujer que, sin la experiencia de él, se le parece en mucho y es instintivamente su antagonista. Después de ocho años de matrimonio, que en dicho caso es más bien un infierno, el marido, loco de celos y de furia, da una puñalada á su mujer y la mata— todo lo cual está contado en el inimitable estilo prolijo y realista de Tolstoï, y le sirve, luégo, para disertar contra el *crimen del matrimonio*. El señor Routkowsky, adjunto de la Legación rusa en Washington, en una correspondencia interesante, tanto con su Gobierno como con el autor, se burla de que dos comerciantes americanos se atrevan á juzgar del mérito de una obra europea. No digo que tengan razón, mas no es del mérito literario de lo que se trata. La novela *Mlle. de Maupan* está escrita en el mejor estilo del famoso Théophile Gautier; pero las aventuras amorosas de una muchacha que anda disfrazada de hombre por todo el país, no constituyen un libro que los padres de familia pueden poner en las manos de sus hijas, ni aun de sus hijos. En todos los tiempos, los comerciantes ricos han sido patrocinadores de las bellas artes, y prueba de ello nos ofrece la casa de Mr. Wanamaker, atestada de pinturas, esculturas y objetos de lujo del viejo mundo.

Va aumentándose el número de novelas que anualmente aparecen en los Estados Unidos sobre asuntos sociales, y la última, y una de las mejores de éstas, es la de Edgar Fawcett, intitulada *The Evil that men do* (*El Mal que hacen los hombres*). Está escrita con algo del realismo de la pluma de Emile Zola, y trata de la vida de los pobres en la ciudad de Nueva York; el cuadro que pinta es terriblemente triste, y tal vez verdadero. Convendría que algún perito hiciera el mismo servicio á todas las metrópolis. *At a Window* (*En una Ventana*) es un nuevo poema sobre el mismo asunto, por dicho autor, y que ha llamado la atención.

El autor de *But yet a Woman* (*Mujer después de todo*), etc., el Profesor A. S. Hardy, ha aumentado su fama como novelista con un nuevo libro, *Wind of Destiny* (*El Viento de la Fortuna*). Es graduado de West Point y ex-oficial del ejército. El capitán Charles King va á publicar *Campaigning with Crook* (*En Campaña con Crook*), que tratará de las guerras con los Indios del Oeste bajo el mando del General Crook. Sobre el mismo asunto es *Following the Guidon* (*En pos de la Bandera*), por la señora Elizabeth A. Custer, viuda del insigne militar que el 24 de Junio de 1876 atacó un pueblo de 5,000 Sioux con 300 soldados de su

regimiento, y perecieron todos, sin excepción. Pocas personas saben que durante diez años de combates con los Indios, murieron más oficiales del ejército de los Estados Unidos que del inglés en toda la guerra de Crimea, pero es la verdad.

No obstante el consejo de Thomas Carlyle á una joven literata, de no ensayarse en escribir novelas y de apenas leerlas, la mayor parte de las obras de imaginación que han salido últimamente de las prensas norte-americanas, ha sido escrita por mujeres. Entre ellas se encuentra una bastante notable: *Metzerott, Shoemaker* (*Metzerott, Zapatero*), por la señorita Katherine Pearson Wood; también *The Bank Tragedy* (*La Tragedia del Banco*), por Mary P. Hatch. De los libros más serios, debo hacer mención de: *The Jews under Roman Rule* (*Los Judíos bajo el gobierno romano*), por W. D. Morrison, y de *The Anatomy of Atheism* (*La Anatomía del ateísmo*), por el Doctor H. H. Moore.

HENRY R. LEMLY.

HISTORIA DE LA NUEVA GRANADA

PARA SERVIR DE CONTINUACIÓN Á LA HISTORIA DE COLOMBIA,
POR JOSÉ MANUEL RESTREPO

(CONTINUACIÓN)

LIBRO SEGUNDO

PRESIDENCIA DE SANTANDER

Santander toma posesión de la Presidencia—Su programa—Nombramiento Secretarios de Estado—Se firma un armisticio con el Ecuador—Entrevista de Obando y Flores—Sucesos militares en Buenaventura—Combates en San Antonio y en otros puntos—Tareas del Poder Ejecutivo—Cámaras de Provincia—Reinscripciones militares—Relaciones diplomáticas—Previsiones de los Estados Unidos—Sentimientos patrióticos de Pasto—Se firma un tratado con el Ecuador—Sus disposiciones principales—Su ratificación parcial por Nueva Granada—Santander restablece la Academia Nacional—Se organiza y no dura—Mejoras en el Museo y Observatorio Astronómico—Opiniones reinantes para que se adoptara el sistema prohibitivo de comercio—Ataques contra Santander y otros—Se reúne y organiza el Congreso—Mensaje del Presidente

—Puntos capitales que contiene—Informes de los Secretarios de Estado—Los partidos en el Congreso—Santander resulta electo Presidente de la Nueva Granada—Mosquera Vicepresidente—Otras elecciones del Congreso—Se admite la renuncia de Márquez—Santander toma posesión de la Presidencia—Puntos de su discurso inaugural—Se instalan el Consejo de Estado y la Suprema Corte—R. Mosquera, Secretario del Interior—El Vicepresidente Joaquín Mosquera renuncia y no es admitida—Fuerza armada que decreta el Congreso—Alarma infundado sobre el cólera morbo asiático—Motivos políticos de disgusto—Enfermedad de Santander—El Congreso termina sus sesiones—Leyes principales que acordara—La de gastos se mejoró—Monto de las rentas y gastos decretados—Nueva planta de la renta de tabacos—Convención provisional con Francia, aprobada—Ley contra conspiradores—Nuevo Encargado de Negocios de los Estados Unidos—Fomento de la educación pública—Se repugna la enseñanza por algunas obras—Quejas varias contra el Ejecutivo—Tramas revolucionarias que existen—Los conspiradores seducen á dos oficiales—Van á dar el golpe y son descubiertos—Muerte del Coronel Montoya—Proyectos de los conspiradores frustrados—Estos huyen y son perseguidos—Activas providencias que dicta el Gobierno—Los revolucionarios son dispersados ó presos—No hallaron cooperación en los pueblos—Se inicia su proceso—Muerte violenta de Mariano París—Quejas amargas de su familia—Pombo, Secretario del Interior—Asesinatos en Cartagena—Principia la cuestión del Cónsul Barrot—Se le pone preso é insulta—Faltas de las autoridades en Cartagena—Proceso y sentencia contra los conspiradores de Julio—Se dicta la de segunda instancia—Fuga de Sardá—Se pone precio á su vida—Conmutación de la pena de muerte á algunos revolucionarios—Anguiano ejecutado—Pocos de los conspiradores escapan—Otros de Cartagena fueron ejecutados—También los asesinos de Woodwine—Buches franceses en Cartagena: sus exigencias—El Gobernador las contesta bien; mas no las amenazas—Indignación que éstas producen—Notas sobre la cuestión Barrot: poco se adelanta en ella á causa del Poder Judicial—Principio inadmisibile del Gobierno granadino—Reunión de las Cámaras de Provincia—Continúa promoviéndose la educación pública—Abusos de la imprenta—Escritos de Santander improbados—Causas de un malestar general—Baja de precios de los productos—Prosperidad de los países mineros—Descrédito de

varias monedas: se prohíbe su acuñación—Muerte de Fernando VII—Su hija proclamada Reina—Se rompe la guerra civil en el Ecuador—Tratado que la Nueva Granada ajusta con Venezuela—Arribo á Cartagena de una escuadra francesa—Bases acordadas para terminar la cuestión Barrot—Remoción del Gobernador Vezga—Envío de un Encargado de Negocios á París y de López á Cartagena—Terremoto formidable en Pasto: sus efectos sublimes y devastadores—Auxilios del Gobierno á los pastusos—Otros terremotos—El Congreso reunido—Puntos que trata el Mensaje presidencial—Productos de las rentas y gastos públicos—Progresos de la instrucción popular—Informes oficiales de los Secretarios—El Papa reconoce la Independencia de la Nueva Granada—El Congreso elige Obispos—Elige el Obispado de Pamplona—Breve que redujo los días de fiesta—Escrúpulos de algunos acerca de la supresión—Tolerancia de cultos en Venezuela—Cesa *El Cachaco*, periódico liberal—Primera venta de tabaco de Ambalema—Excepciones concedidas de pagar diezmos—Escudo de armas y pabellón de la República decretados—Tratado con Venezuela improbadado—Se exige la ratificación de otro con el Ecuador—Pie de fuerza armada acordado—Se varía el año económico—Termina el Congreso sus sesiones—Leyes principales que acuerda decretos en su ejecución—Anuncios sobre reconocimiento de la Independencia—El Ministro de los Estados Unidos lo promueve—Se medita enviar á Madrid un Comisionado granadino—Guerra civil en el Ecuador—Robo de un correo en Cartagena—Asesinato del Doctor Valenzuela castigado—Muerte de Sardá: juicio sobre ella—Planes que meditaba—Sentencia de los conspiradores—Convenio acerca de la cuestión Barrot—Son castigados los que le insultaron—Detalles sobre su terminación—Reinstalación del Consulado francés y otras solemnidades—Indemnización dada á Barrot—Sesiones de las Cámaras de Provincia—Progresos de la educación pública—Navegación del Magdalena por vapor—Bajan de precio los productos agrícolas—Graves disturbios en el Ecuador—Sangrienta acción de Miñarrica—La celebra Olmedo—Se propone la unión del Ecuador á Nueva Granada—Se junta la Convención de Ambato—Ruidos sordos y estragos del Cosigüina—Serna condenado y ejecutado—Muerte del Doctor Castillo—Reunión del Congreso Granadino—Mensaje de Santander analizado—Exposición del Secretario Pombo—Datos que presenta el de Hacienda—Proyecto de Código de Instrucción Criminal y otros—Már-

quez elegido Vicepresidente de la Nueva Granada—Posesión de algunos altos empleados—Bulas para los nuevos Obispos—Obispado erigido en Pasto—Circunscripción del Obispado de Popayán—División de esta provincia—Concesión de terrenos para cementerios de los no católicos—Supresión de alcabalas—Abolición de aduanas en el Istmo—Se decreta la libertad del interés del dinero—El Congreso acuerda otras varias leyes—La de gastos y pie de fuerza—Terremoto en Chile—Avanza la cuestión de Independencia con la España—Dificultades para arreglarla—Revolución en Venezuela—Páez se opone y la contiene—Censo de población de Nueva Granada—Enseñanza por las obras de Bentham—Progresos que hace la Nueva Granada—Revoluciones en las Repúblicas americanas—Las mismas en España—Terremotos en Antioquia y Mariquita—Sucesos del Doctor Botero—Supresión del Convento de Dominicanos en Chiquinquirá—Terminación de la guerra civil en Venezuela—Reúnese el Congreso de Nueva Granada—Mensaje y Exposiciones que se le presentan—Rentas y gastos—Datos estadísticos—Pormenores del Presupuesto—Número de los miembros del Congreso—Estado de la educación pública—Tratado sobre la división de la deuda colombiana—Es impugnado—Se imprueba la conducta del Ejecutivo en su negociación—Renuncia consiguiente de los Secretarios de Estado—Mensaje fuerte de Santander al Congreso—No se confirma la improbación de la conducta del Ejecutivo, ni se resuelve acusarlo—La Cámara de Representantes imprueba el Tratado—Motivos que contribuyeron á su improbación—Cuestión sobre la enseñanza por Bentham—Conducta apasionada de Santander en la materia—Restablecimiento del antiguo Ministerio—Obando es el candidato de Santander para la Presidencia: manifestación insólita del primero—Dificultades acerca del reconocimiento de la Independencia—Leyes principales acordadas por el Congreso—Medidas sobre la Deuda pública—Privilegio concedido á Bidole en el Istmo de Panamá—Lo modifican y no tiene efecto—Se decretan las monedas granadinas—Leyes sobre materias eclesiásticas—Ley de gastos y pie de fuerza armada—Oposición á Santander en el Congreso—Elecciones generales—México pierde á Tejas—Proyectos de los norteamericanos—Principian éstos una nueva éra—Resultado de las elecciones para Presidente de la República—Origen y progresos de la cuestión Russell con la Gran Bretaña—El Cónsul Turner no quiso recibir el archivo del Consulado—Los papeles se sellan—Duras exigen-

cías del Gobierno Británico—Las adopta el Ministro Turner
 —Alarma que causa la nota de éste—Opinión del Consejo de
 Estado porque no se acceda—Así lo resuelve el Poder Eje-
 cutivo—Motivos de esta determinación—El Almirante inglés
 de las Antillas queda encargado de exigir por la fuerza las
 reparaciones—Protestas del Ejecutivo de la Nueva Granada
 —Facultades que éste pide al Consejo de Estado—Su alocu-
 ción á los granadinos—Entusiasmo excitado en los pueblos
 por la defensa—El Gobierno Británico tenía razón en el
 fondo de la cuestión: pruebas de esto—Medidas de defensa
 que dicta el Presidente—Russell puesto en libertad y casti-
 gado el Alcalde Díez—Disgusto de Santander por la provi-
 dencia en favor de Russell—Arriba una escuadra inglesa á
 Cartagena—Primera conferencia de López con el comodoro
 Peyton: se rompe sin resultado—Peyton declara bloqueados
 los puertos de la Nueva Granada—Elogia Peyton á López y
 detiene algunos buques—Permite enviar una goleta á Cha-
 gres—López y Herrán activan las medidas de defensa—Muer-
 te del Cónsul Turner y arribo de Russell á la escuadra britá-
 nica—Segunda conferencia de López á bordo de la fragata
Madagascar—Se transigen las cuestiones y se levanta el blo-
 queo—El Poder Ejecutivo aprueba la transacción hecha por
 López—Perjuicios que causó la cuestión Russell—Buen ma-
 nejo de Peyton—Respuesta seca de Lord Palmerston al
 Secretario Pombo—Poca justicia del Gobierno Británico con
 los Estados débiles—Las Cortes de España dan reglas á su
 Gobierno para reconocer la Independencia de las nuevas Re-
 públicas—Se prescriben las condiciones que exigiría el Go-
 bierno español—El General Soublette se retira de Madrid;
 fue elegido Vicepresidente de Venezuela—Se reúne el Con-
 greso granadino—Pormenores del mensaje presidencial—Re-
 laciones de Nueva Granada con Venezuela y Ecuador—Deta-
 lles que da sobre la administración interior—Pide que se
 apruebe el Código de Instrucción Pública—Principios de
 Santander en la materia—Se disculpan sus opiniones sobre
 la enseñanza por Bentham—Diferencia entre sus principios y
 los de los liberales de otra época—Cámaras de provincia y
 colonización de las Bocas del Toro—Rentas, gastos y sobran-
 tes: comparación con las de años anteriores—Presupuesto
 para el siguiente año económico—Acuñaición de oro y plata
 —Productos de la renta de tabacos—Valores amortizados de
 la deuda interior—Pide se apruebe el tratado sobre división
 de la deuda colombiana—Otros puntos que toca el Mensaje



—Los Secretarios presentan sus informes oficiales al Congreso—Juicio sobre Obando y Soto—Consejos del Presidente sobre la legislación de Hacienda—Defectos notables de Santander—Anuncia haber cumplido el programa de su Administración—El Congreso elige Presidente á Márquez—Nombrá otros varios Magistrados—Se aconseja á Márquez que no admita la Presidencia; pero la acepta—El Congreso decide en reunión de sus dos Cámaras que no hay cuestión sobre esto.

Octubre: 1832—La Convención Granadina había dispuesto que el Presidente de la República prestara el juramento constitucional en manos del Presidente del Consejo de Estado; Santander cumplió en 7 de Octubre con esta solemnidad previa, para entrar al ejercicio del Poder Ejecutivo; el Doctor Vicente Azuero, que presidía, le dirigió en seguida un pomposo discurso en que declamó contra la tiranía que había sufrido anteriormente el país; hizo grandes elogios del nuevo Presidente, y manifestó las esperanzas que tenían los granadinos de que se establecieran sólidamente la paz, la libertad y el orden.

Tanto en la contestación que diera Santander, como en una proclama que publicó el 8, dirigida á los granadinos, dijo que iba á gobernar conforme á la constitución y á las leyes: que éstas serían las que hicieran el bien ó el mal que resultara: que trabajaría por que cesaran los odios de los partidos y se consolidaran las instituciones, que él por su parte había triunfado de sus pasiones y olvidado sus agravios. Aconsejaba que todos obraran del mismo modo, y que agrupándose en derredor del Gobierno, le apoyaran para restablecer el imperio de las leyes, del orden y de la libertad. Esta alocución pareció sincera y agradó generalmente.

Santander continuó el ministerio de Márquez, compuesto de Vélez, Soto y López. El segundo y Azuero tenían mucho influjo en el gobierno. Así el partido liberal era el que ejercía el Poder público. Santander había dicho en documentos escritos que no perseguiría á los bolivianos (era como llamaban al partido contrario), pero que no les daría empleos. Por consiguiente, su administración iba á ser exclusiva, privándose de las luces y experiencia de los hombres que habían figurado en Colombia. No había, pues, olvidado sus agravios ni rencores.

Cuando esto sucedía en la capital, se firmaba en Pasto el

9 de Octubre una suspensión de hostilidades con el Ecuador. Las tropas de éste, á cuya cabeza estaba yá Flores, debían retirarse al sur del río Carchi, y las de Nueva Granada no pasar del Guáitara. El cantón de Túquerres se dejó como un territorio neutro. La suspensión debía extenderse á la provincia de Buenaventura. Acordóse en el convenio que inmediatamente vendrían al territorio granadino, comisionados del Ecuador, para discutir y ajustar un tratado definitivo de paz.

En consecuencia del restablecimiento de relaciones amistosas entre los dos Gobiernos, Flores invitó á Obando para una entrevista en Túquerres. Túvose el 11 y 12 de Octubre, y se aseguró que en ella se reconciliaron estos mortales enemigos. En caso de haber sido sincera la reconciliación, debiéramos aplaudirla. Parece que hubo confianzas mutuas, y entre éstas Flores reveló á Obando los nombres de las personas que le comunicaban noticias y eran sus agentes en el territorio granadino; acción vituperable.

Aunque en el centro de la cordillera se habían suspendido las hostilidades, no sucedía lo mismo en la provincia de Buenaventura. Desde Agosto último proyectó el General Flores hacer una diversión á la espalda de las tropas granadinas, conmoviendo, si le era posible, en su favor al valle del Cauca, donde él juzgaba que tenía partidarios. Al efecto envió al venezolano Oses, á Vivero y á doce oficiales más con armas y municiones para que reunieran alguna tropa en Buenaventura, y con ella penetraron hasta Cali, á fin de hacer una revolución con la plebe turbulenta de esta ciudad. Esperaba que personas distinguidas se pronunciarían también á su favor, pues tenía inteligencias secretas con varios.

Impuesto Obando oportunamente de semejantes intrigas desde antes de su marcha al Sur, nombró Comandante Militar del Cauca al Coronel Salvador Córdoba, dándole ciento sesenta infantes y treinta jinetes, con órdenes de reunir á este destacamento la demás gente que fuese necesaria. Córdoba trabajó con actividad é inteligencia. Así fue que consiguió restablecer y afirmar la opinión de los habitantes de Buga, Palmira y de la mayor parte de Cali. Sabiendo que Oses y sus compañeros estaban con cien hombres en el puerto de Buenaventura, determinó seguir á atacarlos. Empero, supo en el camino que los ofi-

ciales Negreros, Prado y Vivero, dirigidos por un hijo de Manuel Sarria, habían penetrado hasta Cali. Regresó, pues, y halló que tenían reunidos cien hombres del pueblo de Cali. Fueron atacados en la colina de San Antonio, por el Coronel de caballería Morillo, quien los derrotó y dispersó, pero sin destruírlos, porque se acogieron á sus guaridas del valle del Salado. Los persiguió Córdoba; mas no pudo obtener ventajas.

Entonces el oficial Villamarín, que mandaba ochenta hombres de la columna, se avanzó incautamente hasta las cercanías de Buenaventura. Hallando parapetados á los enemigos, los atacó sin cautela: allí perdió la vida junto con otros oficiales y parte de la tropa.

Alentado Oses con esta ventaja, se movió, atrincherándose en los sitios de la montaña de Las Ojas llamados Naranjito y Jiménez. Córdoba, que había sido reforzado en Cali, marchó sobre los enemigos, y atacándoles de firme en sus fuertes posiciones, los derrotó. Contóse entre los muertos á Manuel Vivero, segundo de Oses, y quedaron prisioneros los cabecillas Manuel Roldán y Joaquín Arana, así como el oficial ecuatoriano Sagástiga. Córdoba, después de batir á los rebeldes, siguió hasta el puerto de Buenaventura, que ocupó sin resistencia alguna. Allí supo haberse firmado en Pasto una tregua, noticia que le obligó á suspender las hostilidades contra el Ecuador.

Restablecida felizmente la paz que el Ejecutivo de la Nueva Granada esperaba sellaría un tratado solemne con el Gobierno del Ecuador, pudo dedicarse exclusivamente á organizar y mejorar todos los ramos de administración que lo exigieran. La hacienda pública llamó especialmente la atención de Santander y de sus Secretarios, como un elemento necesario para mantener el orden y evitar los trastornos.

Noviembre: 1832—Yá habían principiado á funcionar las Cámaras de Provincia que se reunieron el 15 de Septiembre. Casi todas terminaron sus sesiones, dando multitud de decretos para crear recursos con que abrir caminos y hacer algunas otras obras públicas, que mejorasen sus respectivas localidades. Estos decretos debían examinarse por el Ejecutivo para decidir que se ejecutaran, si eran conformes á la Constitución y leyes generales, ó suspenderlos en caso contrario: tocaba al Congreso anular dichos actos, cuando se opusieran á la Constitución y

leyes de la República. Por tanto, este negociado aumentaba las tareas del Ejecutivo. Al mismo tiempo las discusiones parlamentarias en las Cámaras de Provincia eran una buena escuela para formar hombres capaces de ir al Cuerpo Legislativo nacional, y excitaban el patriotismo local en beneficio de las provincias. Todo anunciaba que tal institución sería benéfica al país.

Otro de los negociados que daba mucho que hacer al Ejecutivo, era el de las reclamaciones de los que Obando borró de la lista militar cuando era Vicepresidente. Casi todos solicitaban su reinscripción. Concedióse á unos que probaron su buena conducta política, y se negó á otros; negativa que los convirtieron en decididos enemigos del gobierno de Santander.

Lo contrario sucedía con el Cuerpo Diplomático residente en la capital, cuyos miembros continuaban tratando al Presidente de la Nueva Granada con las consideraciones debidas al jefe de una nación independiente. Lemoyne, el Encargado de Negocios de Francia, firmó en 14 de Noviembre con el Secretario de Relaciones Exteriores, Vélez, una convención provisional de amistad, comercio y navegación. Quedó por este acto solemne no solamente afirmado el reconocimiento que antes había hecho de la Independencia de Colombia Su Majestad el Rey de los franceses, sino también la existencia política del Estado de Nueva Granada.

El Ministro de los Estados Unidos solicitó igualmente que se adicionase el tratado comercial que su Gobierno celebró con el de Colombia, á fin de que sus comerciantes pudieran introducir en la Nueva Granada efectos y manufacturas de otras naciones, sin pagar derechos diferenciales. Esta era una concesión que por un decreto les había hecho en 1831 la administración del Vicepresidente Caicedo, sin meditar bien sus consecuencias. El Gobierno de Márquez revocó el mencionado decreto por otro de 19 de Mayo último, y fue por eso que el Ministro de los Estados Unidos solicitaba con ahinco el que por un tratado adicional se hiciera á los americanos del Norte tan importante concesión. Era entonces harto difícil conseguirla, pues la opinión de la generalidad de los granadinos ilustrados no estaba de acuerdo con esta pretensión.

En el intermedio continuaban prósperos los negocios del Sur de la Nueva Granada. El Gobernador y Cabildo de Pasto

dirigieron en 19 de Noviembre una felicitación muy expresiva al Presidente del Estado por su entrada al ejercicio del Poder Ejecutivo: á consecuencia de tan fausto acontecimiento, decían que esperaban muchos bienes para el país, los que se extenderían á su provincia, y ofrecían la más activa cooperación para sostener el orden y la ejecución de las leyes. Concluían con estas palabras:

“Pasto se gloria de pertenecer á su antigua metrópoli, y Pasto será la garganta en donde sean experimentados y pulverizados los que quieran profanar el suelo granadino.”

Muchos males habrían evitado los habitantes de Pasto, si hubieran continuado abrigando siempre los mismos sentimientos.

Las excusas de los comisionados escogidos por el Presidente del Ecuador para ajustar el tratado de paz con la Nueva Granada, impidieron por algún tiempo que principiaran las conferencias. Al fin sólo vino á Pasto el Plenipotenciario Doctor Pedró José Arteta: los de la Nueva Granada eran el General José María Obando y el segundo Jefe de la División, Coronel Joaquín Posada Gutiérrez. Como yá estaban allanadas las principales dificultades que había en las cuestiones pendientes, los negociadores se pusieron pronto de acuerdo, y el 8 de Diciembre se firmó un Tratado de paz, amistad y alianza. Eran las siguientes sus principales disposiciones:

Diciembre: 1832—Los Estados de Nueva Granada y Ecuador se reconocían mutuamente como soberanos é independientes, y sus límites serían los mismos que conforme á la Ley colombiana de 25 de Julio de 1824, separaban los departamentos del Cauca y del Ecuador; por consiguiente, quedaron incorporadas á la Nueva Granada las provincias de Pasto y Buenaventura, llegando la primera hasta el río Carchi. Se comprometieron á no admitir agregaciones de pueblos, si no era por tratados públicos. Por el artículo 6.º contrajeron una alianza é íntima unión “para su defensa común, para la seguridad de su independencia y libertad, y para su bien recíproco y general.” Quedaron igualmente comprometidos á conservar ileso la integridad del territorio de la república de Colombia, sin que pudieran hacer cesiones ó concesiones que lo disminuyeran en la más pequeña parte, y á no permitir que potencia alguna

extranjera se introdujera dentro de sus límites, para cuyos efectos ofrecían socorrerse mutuamente, prestándose, en caso necesario, los auxilios que se estipularan por convenios especiales.

Se convino, además, que ambos Estados pagarían la parte que les correspondiera proporcionalmente de la deuda doméstica y extranjera de Colombia, y que responderían de los valores de que hubieran dispuesto, pertenecientes á dicha República; que observarían los tratados públicos que ésta hubiera celebrado, y que oportunamente enviarían sus diputados para formar la Asamblea de Plenipotenciarios, ó la corporación que debiera deslindar ó arreglar los negocios comunes á las tres secciones en que se dividió Colombia, á fin de que deliberaran y resolvieran sobre la suerte futura de esta República. Fuera de éstas, contenía el tratado otras disposiciones de menor importancia.

Recibióse dicho tratado en Bogotá, y hallándose autorizado el Poder Ejecutivo para ratificarlo, expidió Santander en 29 de Diciembre un decreto en que ratificaba los nueve artículos primeros que estaban expresamente contenidos en la ley de la Convención Granadina de 10 de Febrero. Dispuso que el tratado íntegro se pasara al próximo Congreso para su aprobación constitucional. Obando, al remitir el tratado, informó habersele asegurado que el Presidente del Ecuador tenía igual autorización. La tenía en efecto, y ratificó los mismos nueve artículos. En seguida evacuó Flores la provincia de Buenaventura, con lo cual la Nueva Granada quedó reintegrada en su territorio. Por dos artículos adicionales al tratado de 8 de Diciembre el Gobierno del Ecuador reclamó las islas de Tumaco y Tola, que dijo correspondían al territorio de la antigua Presidencia de Quito. Este punto se dejó pendiente para una futura negociación, en que se detallaran los límites de ambos Estados, en toda la extensión en que fueran limítrofes.

Enero: 1833—Libre el Gobierno Granadino de los cuidados de la guerra, pudo dedicarse con mayor esmero á los actos pacíficos de la administración interior. Santander había prestado mucha atención á la educación pública y á la propagación de las ciencias y de las artes. Con tan laudable objeto expidió en Noviembre último un decreto restabeciendo la Academia Nacional que existió en tiempo de Colombia. Esta corporación

debía tener por objeto, conforme á la Ley de 18 de Marzo de 1826, "establecer, fomentar y propagar el conocimiento y perfección de las artes, de las letras, de las ciencias naturales y exactas, de la moral y de la política;" campo demasiado vasto, que era harto difícil se cultivara con provecho en un pueblo nuevo como el Granadino, cuya civilización apenas estaba incipiente. Fue, sin embargo, muy laudable el restablecimiento de la Academia. Instalóse de nuevo en la casa de gobierno, donde Santander le dirigió un discurso exhortando á los catorce miembros presentes, á que fueran constantes en trabajar por los progresos de su patria (1).

Organizóse provisionalmente bajo la presidencia del Doctor Estévez, Obispo de Santamarta, quien tenía por Secretario al señor Joaquín Acosta. Después de varias sesiones acordó un reglamento para su gobierno interior, hecho lo cual eligió para su Director á José Manuel Restrepo: para primer Vicedirector, al Doctor José María Castillo y Rada, y para segundo, al Reverendo Obispo de Santamarta. Los Secretarios nombrados fueron Joaquín Acosta y Benedicto Domínguez.

No cupo más feliz suerte á la Academia en esta segunda época que en la primera. Casi todos sus miembros eran empleados públicos; ocupados la mayor parte del día en sus deberes oficiales, no les quedaba tiempo de trabajar en las ciencias naturales, morales y políticas. Así fue que poco á poco fueron los miembros dejando de concurrir á las sesiones, hasta que no las hubo. Es claro que esta clase de corporaciones científicas sólo duran en naciones de alta civilización y riqueza; mas no en pueblos nuevos y pobres como la Nueva Granada y otros que carecen de hombres que puedan dedicarse exclusivamente á los estudios científicos ó literarios.

Al mismo tiempo que restablecía la Academia, dispuso el Presidente del Estado que se mejoraran el Museo Nacional y el Observatorio Astronómico existentes en la capital. Se man-

(1) Los 21 miembros nombrados fueron los siguientes, que habían pertenecido á la Academia de Colombia: Vicente Azuero, José Manuel Restrepo, Manuel Benito Rebollo, José María del Castillo, Francisco Soto, Jerónimo Torres, Santiago Arroyo, Pedro Gual, Estanislao Vergara y Benedicto Domínguez. Nombróse de nuevo á los señores Joaquín Mosquera, Diego Fernando Gómez, Rufino Cuervo, Joaquín Acosta, Reverendo Obispo de Santamarta, Joaquín García, Lino de Pombo, Manuel María Quijano, Juan María Céspedes, José Hilario López y José María Triana.

daron entregar al Teniente-Coronel Joaquín Acosta, quien había hecho estudios científicos en París, é iba á dar lecciones de química. El Museo debía conservarse por cuenta del Tesoro público y aumentarse en lo posible. Son tantas las riquezas naturales que encierra el suelo granadino, que el Museo habría progresado maravillosamente si hubiera existido la constancia necesaria para ejecutar disposiciones tan útiles al verdadero progreso del país.

Creían muchos hacia este tiempo, que la pobreza de la Nueva Granada provenía del comercio libre con los extranjeros. Un periódico de Bogotá, *El Pensador Granadino*, sostenía estas ideas añejas y retrógadas. Al leer sus raciocinios se admira uno de que hubiera en este siglo quien pensara seriamente que seríamos los granadinos más ricos, si cerráramos, como los chinos, nuestros puertos, y no admitiéramos ni á los extranjeros ni á sus artefactos.

A pesar de no haberse adoptado aún tan erróneo sistema, que formaba los ensueños de algunos economistas retrógrados, la Nueva Granada tenía un comercio muy escaso. Eran pocos los buques que venían á nuestros puertos, y la mayor parte se se veían obligados á salir en lastre por la escasez de frutos exportables.

Febrero: 1833—En aquellos días el Presidente Santander era atacado muy fuertemente por algunos colombianos emigrados en Jamaica, que habían sido amigos entusiastas y sostenedores de Bolívar. El célebre y malhadado oficio de Santander sobre “quién, cuándo y cómo se le pagaban sus sueldos atrasados,” daba pábulo á estos ataques, así como otras acciones de su vida. Las del General José María Obando eran también analizadas y su reputación despedazada. El y Luque fueron los que borrarón de la lista militar y expelieron de la Nueva Granada á aquellos ciudadanos, algunos de ellos ilustres por sus servicios á la causa de la Independencia. Poco tiempo después cesó esta guerra de papeles, porque los principales escritores se dirigieron á Venezuela.

(Continuará).

BOLETIN BIBLIOGRAFICO

NOTAS DE VIAJE [Colombia y Estados Unidos de América], por Salvador Carracho Roldán.—Bogotá.—Librería Colombiana.—Camacho Roldán & Tamayo.—1890.—vi y 900 págs.—[Imprenta de *La Luz*]

El público ha recibido con inusitado favor este libro, escrito en estilo galano y ameno; interesantísimo por la abundancia y variedad de datos, por la exactitud y belleza de las descripciones, y aun por la novedad misma del asunto en la manera como está expuesto, como que ninguno de nuestros viajeros se había empeñado antes en pintar con tan vivos colores sus impresiones de un viaje á la costa, y el dar realce al conjunto con juiciosas observaciones encaminadas en todo caso á ilustrar el criterio de los habitantes del interior en cuanto se relaciona con el comercio, con la industria, y, en una palabra, con el progreso del país. Añádase que las páginas dedicadas á los Estados Unidos, que son las más extensas de la obra, sorprenden y halagan por la verdad del relato y por el especial interés que naturalmente tiene para nosotros,—que sólo conocemos de oídas el movimiento social y los progresos de la nación Norteamericana,—cuanto se refiere al engrandecimiento de ese país.

Los que lean las *Notas de Viaje*, confesarán con satisfacción patriótica que si su autor no hubiese ganado de antemano la justa y merecida reputación de que goza entre nosotros como hombre de letras, este hermoso trabajo bastaría para señalarle puesto de honor entre los escritores notables de Colombia.

CORRECCIONES

En la composición del señor Isaacs, titulada *Séd buenos!* publicada en las páginas 180 á 182, se escaparon algunas erratas, ora de imprenta, ora de pluma, que salvamos á continuación poniendo los versos como se deben leer:

CUARTETO 8.º:

Y cauto cruzas sombras del bosque

CUARTETO 9.º:

No envidiéis los palacios que levanta

CUARTETO ÚLTIMO:

De la turba venal la befa impía.

En la *Crónica* publicada en la página 60, línea 6.ª, se lee: de 1868 á 1876," léase: "de 1858 á 1876."

REVISTA LITERARIA

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

DIRIGIDA POR

ISIDORO LAVERDE AMAYA



Biografía—Historia—Viajes—Geografía—Estadística—Crítica—Cuadros de
costumbres—Poesías—Variedades

TOMO I—Mayo á Octubre de 1890

BOGOTÁ (COLOMBIA)

Imprenta de "La Luz," Calle 13, número 100

Apartado 160. Teléfono 220.

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

DEL TOMO I DE LA REVISTA LITERARIA

	Págs.
A	
ABELLA M. (TEMÍSTOCLES).—Datos geográficos, históricos y estadísticos de Sogamoso.....	88
ACOSTA DE SAMPER (SOLEDAD).—La Mujer española en Santafé de Bogotá.....	41
— Traición y Castigo (1812).....	149
B	
BIART (LUCIEN).—Historia de ayer.....	317
BLAINE (JAMES G.).—Carta sobre el establecimiento de una Biblioteca internacional americana en Washington.....	227
C	
CAMACHO ROLDAN (SALVADOR).—Los trabajos del canal de Panamá.....	18
CARRASQUILLA (RICARDO).—Corona del Genio (poesía).....	314
CORTES DE MERCHAN (LUCILA).—Historia de ayer, por M. Lucien Biart.—Traducida del <i>Magasin des Demoiselles</i>	317
F	
FERNANDEZ (ENRIQUE W.).—La Oración (poesía)...	121
G	
GALINDO (ANÍBAL).—Monografías de Economía Política.—Del Derecho de propiedad.....	65
GIL (CONSTANTINO).—Los chicos del barrio (poesía)...	241
— Dos semillas (poesía).....	314
GUTIERREZ (FRANCISCO A.).—A Julia (poesía).....	313

	Págs.
GUTIERREZ DE ALBA (JOSÉ MARÍA). — Carta de Ultramar.....	351
H	
HEPHEL. — El Bosquecillo del Rey (novela).....	245 y 265
I	
IBAÑEZ (PEDRO M.). — Insurrección de 1781. Los Comuneros.....	138
ISAACS (JORGE). — Lumbre de sombra (poesía)....	55
— ¡Séd buenos! (poesía) ..	180
L	
LAVERDE AMAYA (ISIDORO). — La Literatura Colombiana.....	1
— Boletín bibliográfico.....	191 y 380
— Las poesías del Doctor Núñez.....	332
— Crónicas.....	59, 125 1 y 5
LEMLY (HENRY R.). — Noticias literarias de los Estados Unidos.....	364
M	
MARROQUIN (J. MANUEL). — Exhumaciones de una gaveta.....	158
MARTINEZ SILVA (CARLOS). — El Niño Fantasma, cuento traducido del <i>London Figaro</i>	193
— Conferencia internacional americana.....	227
MERCHAN (RAFAEL M.). — A mi hijo Augusto (poesía)	49
— A la liquidación del oxígeno (poesía).....	240
— Historia por Martínez Silva.....	253
O	
ORTIZ (JOSÉ JOAQUÍN). — La última luz (poesía).....	175
ORTIZ (VENANCIO). — Recuerdos de la guerra de 1840..	101
P	
PAEZ M. (JULIÁN). — Chiquinquirá.....	216
PEREIRA GAMBA (PRÓSPERO). — Un rasgo pedagógico del célebre Educador Argentino.....	75
— La Fábula en la Historia.....	315 y 359
PEREZ (FELIPE). — La Patria.....	129
PIZARRO (ALEJANDRO). — Hasta su altura (narración).	230

	Págs.
POMBO (RAFAEL).—Delia Antommarchi y García Her- reros (poesía).....	117
POSADA (EDUARDO).—Soltero (narración).....	170
R	
RESTREPO (JOSÉ MANUEL).—Historia de la Nueva Gra- nada (continuación de la Historia de Co- lombia).....	56, 108, 182 y 367
RIVAS (MEDARDO).—La Posada y el Hotel (cuadro de costumbres).....	202
RIVERA Y GARRIDO (LUCIANO).—Páginas blancas..	241
S	
SANIN CANO (BALDOMERO).—José Caicedo Rojas.....	32
SUAREZ (ROBERTO).—La lucha por la vida.....	293
U	
URIBE (DIEGO).—Desde el monte (poesía).....	123
Z	
ZULETA (EDUARDO).—En Antioquia.....	348



INDICE ALFABETICO DE TITULOS

DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS EN EL TOMO I DE LA *REVISTA LITERARIA*

	Págs.
A	
A Julia (poesía), por Francisco A. Gutiérrez.....	313
A la liquidación del oxígeno (poesía), por Rafael M. Merchán.....	240
A mi hijo Augusto (poesía), por Rafael M. Merchán....	49
B	
Boletín bibliográfico.....	191 y 380
Bosquecillo del Rey (el) (novela), por Hephel.....	245 y 265
C	
Carta de Ultramar, por José María Gutiérrez de Alba...	351
Carta sobre el establecimiento de una Biblioteca internacional americana en Washington, por James G. Blaine.....	227
Conferencia internacional americana. Discurso del Doctor Carlos Martínez Silva.....	227
Corona del Genio (poesía), por Ricardo Carrasquilla... .	314
Crónicas, por Isidoro Laverde Amaya	59, 125 1 y 5
CH	
Chicos del barrio (los) (poesía), por Constantino Gil.. .	241
Chiquinquirá, por Julián Páez M.....	216
D	
Datos geográficos, históricos y estadísticos de Sogamoso, por Temístocles Abella M.....	88
Delia Antommarchi y García Herreros (poesía), por Rafael Pombo.....	117
Desde el monte (poesía), por Diego Uribe.....	123
Dos semillas (poesía), por Constantino Gil.....	314

	Págs.
E	
En Antioquia, por Eduardo Zuleta.....	348
Exhumaciones de una gaveta, por José Manuel Marroquín.....	158
F	
Fábula en la historia (la), por Próspero Pereira G....	315 y 359
H	
Hasta su altura (narración), por Alejandro Pizarro.....	230
Historia de la Nueva Granada (continuación de la Historia de Colombia), por José Manuel Restrepo (inédita).....	56, 108, 182 y 367
Historia de ayer, por M. Lucien Biart, traducción de la señora Lucila Cortés de Merchán.....	317
Historia por Martínez Silva, por Rafael M. Merchán....	253
I	
Insurrección de 1781. Los Comuneros, por Pedro M. Ibáñez.....	138
J	
José Caicedo Rojas, por Baldomero Sanín Cano.....	32
L	
Literatura Colombiana (la), por Isidoro Laverde Amaya.	1
Lucha por la vida (la), por Roberto Suárez.....	293
Lumbre de sombra (poesía), por Jorge Isaacs.....	55
M	
Monografías de Economía Política. Del Derecho de propiedad, por Aníbal Galindo.....	65
Mujer española (la) en Santafé de Bogotá, por Soledad Acosta de Samper.....	41
N	
Niño Fantasma (el), cuento traducido del <i>London Figaro</i> , por Carlos Martínez Silva.....	193
Noticias literarias de los Estados Unidos, por Henry R. Lemly.....	364
O	
Oración (la) (poesía), por Enrique W. Fernández.....	121

P

	Págs.
Páginas blancas, por Luciano Rivera y Garrido.	241
Patria (la), por Felipe Pérez.....	129
Poesías del Doctor Núñez (las), por Isidoro Laverde Amaya.....	332
Posada (la) y el Hotel (cuadro de costumbres), por Me- dardo Rivas.....	202

R

Rasgo pedagógico (un) del célebre Educador Argentino, por Próspero Pereira Gamba.....	75
Recuerdos de la guerra de 1840, por Venancio Ortiz....	101

S

Séd buenos! (poesía), por Jorge Isaacs.	180
Soltero (narración), por Eduardo Posada.. ...	170

T

Trabajos del canal de Panamá (los), por Salvador Cama- cho Roldán.....	18
Traición y castigo (1812), por Soledad Acosta de Samper.	149

U

Ultima luz (la) (poesía), por José Joaquín Ortiz....	175
--	-----



CAPITULO XXVII

SAN LUIS (DE MISSOURI)

Rápido progreso de esta ciudad.—Es un tipo de ciudad moderna.—Aspecto general.—El puente sobre el Mississippi.—Condiciones que la civilización exige en las ciudades modernas.—Anchura de las calles.—Area de caserío muy amplia.—Los parques.—Influencia de las mejoras en la disminución de la mortalidad.—Las cloacas.—El agua potable.—Gasto impendido en acueductos en diversas ciudades del mundo.—El piso de las calles.—El plano de las ciudades trazado con anticipación.—Los medios de locomoción.—Crédito municipal.—Deudas de las ciudades americanas.—Objetos en que se han invertido los empréstitos.—Rentas municipales.—Contribuciones directas.—Riqueza de las ciudades americanas.—Distribución de las diversas clases de población entre las diversas partes de las ciudades.—La filantropía de los americanos.—Su grande espíritu público.—Las asociaciones benévolas.—Las iglesias de San Luis.—Los hoteles.—Los vinos americanos.—Proyectos de los comerciantes de San Luis relativos al comercio con Sur-América.

CAPITULO XXVIII

EL ESTADO DE MISSOURI

Territorio, población y riqueza.—Industrias principales.—Razas diversas de población.—Los dos grandes tipos de la población blanca en los Estados Unidos.

CAPITULO XXIX

LA REINA DE LOS LAGOS

Llegada á Chicago.—Progreso rapidísimo de esta ciudad.—Sus principales producciones.—Investigación de las causas de esta rápida evolución.—Su situación comercial.—Belleza de sus calles.—La Avenida Michigan.—La grande avenida circular.—Una representación en el teatro Mc-Vicker.—El *Wild-West* y el Circo romano.—Los *Stock-Yards*.—Las *Packing Houses*.—La división del trabajo.—El trigo.—Cobden y la Liga.—El libre cambio.—Influencia de los trabajos de Cobden en el progreso de América y en la evolución política de Europa.—Los ferrocarriles y Chicago.—Ideas retrógradas dominantes en los Estados Unidos con relación al libre cambio.—Riqueza enorme de Chicago.—Los clubs, los Bancos y el espíritu de asociación.—El incendio de 1871.

CAPITULO XXX

EL ESTADO DE ILLINOIS

Progreso de su población.—Riqueza general.—Producciones.—El elemento extranjero.—La inmigración europea prefiere las altas latitudes.—Los canales de Illinois.—La comodidad de los ferrocarriles y sus diversas clases de vehículos para pasajeros.—Pullman-City.—Experimento social.—Las dos naturalezas del americano.

CAPITULO XXXI

CINCINNATI

Aspecto general.—Progreso de la población.—Espíritu comercial de sus habitantes.—*Los reporters*.—Entrevista con uno de éstos.—La plaza del agua.—Espléndida fuente.—Cincinnati á vuelo de pájaro.—El Museo de Bellas Artes.—Las manufacturas de la ciudad.—El movimiento comercial.—El Ohio en Cincinnati, y su navegación.—El precio de los fletes.—La Cámara de Comercio.—Los puentes sobre el Ohio.—Covington y Newport.—Un cuartel americano.—Otra vez los masones.

(Continuará).

ENCARECIDAMENTE

suplicamos de nuevo á los señores suscriptores y agentes se sirvan enviar, á vuelta de correo, el valor del abono, pues la Empresa demanda fuertes gastos y no vemos por qué se haga de peor condición una empresa periodística á cualquiera otra. Los que en esta vez no atendieren nuestra súplica, no deben extrañar que se les suspenda la remisión del periódico. Desde el número 7.º en adelante publicaremos los nombres de aquellas personas que no han contestado á ninguno de nuestros reclamos.

El Administrador, IGNACIO FOSSE AMAYA.

SON FRECUENTES

los reclamos que nos llegan de los Departamentos sobre extravío de números de esta REVISTA. Suplicamos muy respetuosamente al señor Administrador de Correos se sirva dar las órdenes del caso á fin de que cese tal irregularidad.

En los números próximos de esta REVISTA aparecerán escritos de los siguientes señores: D. Rafael M. Merchán, D. Baldomero Sanín Cano, D. Teodoro Valenzuela, D. Carlos Martínez Silva, D. Ernesto Restrepo, D. Felipe Pérez, D.ª Soledad Acosta de S., D. Aníbal Galindo, Mr. H. R. Lemly, D. Próspero Pereira Gamba, D. Luciano Rivera y Garrido, D. Rafael Pombo, D. Enrique W. Fernández, D. José Rivas Groot, D. Pedro María Ibáñez, D. Eduardo Posada, D. Enrique Alvarez, D. Manuel Z. de la Espriella, D. Diego Mendoza, D. Eustaquio Palacios, D. Roberto Suárez, D. José María Quijano Wallis y de muchos otros que han tenido la amabilidad de obsequiarnos con sus composiciones, especialmente en verso.

FISONOMIAS LITERARIAS DE COLOMBIANOS

POR ISIDORO LAVERDE AMAYA

Comprende los siguientes bocetos:

Mario Valenzuela—Daniel Mantilla—Eugenio Díaz—Rafael Eliseo Santander—Juan de Dios Restrepo—Carlos Posada—Manuel Ancizar—Emilio Antonio Escobar—Nicolás Pardo—Luciano Rivera y Garrido—Medardo Rivas—Ricardo Silva—José María Angel Gaitán—Lázaro María Pérez—Rafael Pombo—Doctor Rafael Núñez.

Forma un volumen de 312 páginas en 8.º, esmeradamente impreso por la muy acreditada Casa Editorial de los señores Béthencourt é Hijos, de Curazao. Han llegado unos pocos ejemplares al almacén del señor D. Joaquín Pérez O.

